EL COJO ILUSTRADO

AÑO I — 15 DE JUNIO DE 1892 — Nº 12

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO – CARACAS – VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL
(4,000 EJEMPLARES)
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

SUMARIO

TEXTO.—*Olegario Meneses*, por Lino J. Revenga.—*El Elemento dramático en la ópera*, por M. R.—NUESTROS GRABADOS.—*Benito Esteller*, por P. Arismendi B.—*Notas perdidas*, por José Gil Fortoult.—*Triste nueva*, por David. NECROLOGIAS.—*La Mañana en el campo*, por Alirio Díaz Guerra.—*Omnipotencia de Eros*, por el Dr. R. Villavicencio.—*El premio gordo*, por Emilia Pardo Bazán.—*Quien mandó las primeras flores de Mayo*, por el Dr. A. Ernst.—*Coloración de los claveles*, traducido de *La Nature*.—VARIA.—*Pensamientos*.—*El Beso*, traducción del inglés.—*Pensamientos*.—*La Confesión*, traducción.—*Pensamientos*.—*Un autógrafo de Humboldt*, por el Dr. A. Ernst.—*Los por qué de la señorita Susana*, por Emile Desbeaux.—SUPLEMENTO.—*Su cara mitad*, novela escrita en inglés por F. Barrett, traducida al castellano por Francisco Sellén.—*Atracción ó repulsión de dos esferas de corcho*.—*Acertijo*.—*Anagrama*.—*Charada*.—*Soluciones*.—SECCIÓN ENCICLOPÉDICA.

GRABADOS.—*Olegario Meneses*, dibujo á la pluma por Herrera Toro.—*Benito Esteller*, de fotografía.—*Monolito de Valencia*, de fotografía.—*Plaza Washington*, de fotografía de Lessmann.—*Custodia de la Santa Capilla*, de fotografía de Lessmann.—*Indios de Maturín*, de fotografía de Lessmann.—*Vegrita de pata en el suelo*, de fotografía de Lessmann.—*Uno! Dos! Tres!* de fotografía.—*Besos á los 7, 17 y 70 años*, de fotografía.—PERU, *Vista de Chorrillos*.—*Autógrafo de Humboldt*.—TUCACAS, *El Hotel, Estación del Ferrocarril, Casa Bolivar y Calle principal*, de fotografías.—*Mercado de Maracaibo*, de fotografía.

OLEGARIO MENESES

Publica EL COJO ILUSTRADO el retrato de uno de los hombres que más hicieron por el progreso de las ciencias físicas y naturales en Venezuela, y cuya personalidad será siempre norma y ejemplo de vida honorable y provechosa. Para hacerle conocer reproducimos en parte el artículo que con motivo de su muerte escribió el Señor Doctor Lino J. Revenga.

. . . . . .

«Individuo del ejército desde sus más tiernos años; obediente por principios y por hábito á la voz de sus superiores; dotado de una sólida instrucción militar, y de ese tino en los momentos críticos, de ese golpe de vista rápido y acertado, que es privilegio del talento, su vida pública fue rica de servicios importantes; y con frecuencia de acciones distinguidas en la carrera de las armas.

«Su espíritu analizador le inclinó desde los primeros años de su juventud al estudio de las matemáticas, y aprovechándose con ventaja de las sabias lecciones del maestro Señor Cagigal, sobresalió en poco tiempo entre los Ingenieros haciéndose luego por su singular constancia cada vez más profundo en los distintos ramos de aplicación de la ciencia.

«Poco conocidas son del público sus obras, porque aquella misma modestia que le distinguía en la carrera militar, le caracterizaba igualmente en sus estudios. Apenas si lo eran de sus discípulos y de ese escaso número de hombres que, entre nosotros, abstraídos de las contiendas públicas, hacen del amor á las letras su profesión predilecta.

«La vida del Comandante Meneses fue sinembargo un modelo de contracción al trabajo, y una muestra de cuanto puede alcanzar á ser el hombre por la perseverancia.

«Por sus propios esfuerzos, y teniendo las más veces que fabricarse él mismo sus instrumentos, después de profundizar en el estudio de las matemáticas, se hizo físico, químico, botánico y astrónomo distinguido.

«Sus trabajos topográficos y geodésicos, sus planes de obras, las memorias que presentó al Gobierno sobre diversos puntos, sus diarios náuticos y de ingeniero llenos de observaciones útiles y curiosas, son una ligera muestra de la generalidad de sus conocimientos. Era en la intimidad de la vida privada, en su trato científico, donde se descubría su vasto ingenio, y se podía admirar su contracción y el fruto de su estudio.

«Sistemático por costumbre, reducía siempre á tablas todos sus trabajos, y observador perspicaz y amante de la naturaleza, utilizó sus largos y dilatados viajes en el conocimiento inmediato de las riquezas del país. Sin exageración, puede decirse que ninguno conoció mejor que él nuestra Flora, como que fué á estudiarla por varios años consecutivos en las selvas del Orinoco, por donde nadie había penetrado como sabio, si se exceptúa al Barón de Humboldt, y algunos otros que no penetraron en ellas sino que las reconocieron como viajeros. Sus ricos herbarios dan una gran luz sobre el carácter de nuestra vegetación, y han servido para completar la descripción de varias plantas, muchas desconocidas y otras estudiadas sobre ejemplares incompletos por los que le precedieron; de sus colecciones sólo mandó á París algunos individuos nuevos para la ciencia, y muchas muestras de maderas preciosas recogidas en sus excursiones. La muerte vino á sorprenderle cuando se proponía utilizar también en este sentido su campaña en Mérida, recorriendo la Sierra Nevada, ese ramal de los Andes, no estudiado hasta hoy en sus pormenores, y cuya posición geográfica, altura, naturaleza física, vegetación y meteorología se prometía observar ahora.

OLEGARIO MENESES

«En la necesidad de fijar las alturas de los puntos en sus exploraciones, construyó él mismo sus barómetros; y, contrariado por los inconvenientes que en la generalidad presentan estos instrumentos para su conducción especialmente por lugares escabrosos, y no habiendo podido procurarse el hipsómetro ni el aneroide, inventó su *barómetro de aire*, para el cual construyó tablas y determinó fórmulas, é ideó más después su *barómetro pneumático*, en que se obtiene directamente el peso de la columna atmosférica; y su *barómetro de sifón de hierro*, instrumento de observatorio, y preciosísimo por su grado de precisión.

«Su talento creador no podía quedar inactivo en la ciencia fundamental de las Matemáticas. Amante del progreso y ansioso siempre de facilitar los medios de observación y de trabajo, imaginó su *telómetro*, curioso instrumento de reflexión, que por sí solo y sin más que una visual, resuelve en todas sus partes el problema geodésico, y realizó más después los inventos de su *máquina de excéntricas para elevar el agua* y de su *flotamotor*, nueva potencia mecánica utilizable con ventajas sobre el vapor en muchos casos. Sus memorias sobre estos tres instrumentos no dejan nada que desear, en ellas se determinan sus fórmulas, sus máximos y mínimos, y sus aplicaciones.

«La Astronomía, en fin, le es deudora de su *guarda instantes* y de su *reloj solar de latitudes*, y de un método enteramente nuevo para la *determinación de las longitudes y latitudes por el instante en que dos estrellas entran en el hilo á plomo*; se preparaba para publicar este último, y al efecto le estableció fórmulas, plantó el cálculo, y principió la construcción de tablas.

«Esta breve reseña en que sólo me he contraído á sus trabajos más importantes, muestra de cuanto habría sido capaz el Comandante Meneses, si la muerte no hubiera venido á cortar el hilo de sus días en toda la fuerza de su virilidad. ¡Cuanta gloria y cuanta utilidad habría dejado á Venezuela, si hubiera podido realizar su vehemente deseo de un viaje á Europa ó á los Estados Unidos! Allí habrían sido apreciados debidamente sus estudios, y su contracción y su inteligencia habrían dado frutos utilísimos á la ciencia. Ilustrado por el cambio de ideas, habría desenvuelto hasta la perfección sus altas concepciones, y su espíritu creador habría brotado con profusión nuevas y más brillantes luces.

LINO J. REVENGA

Caracas: 5 de setiembre de 1860.»

EL ELEMENTO DRAMATICO EN LA OPERA

Difícil sería negarnos que más de las nueve décimas partes de las personas que asisten á la ópera, carecen de las condiciones necesarias para juzgar con acierto á los artistas cantantes; y que sus juicios sólo se basan, ya en la buena ó mala impresión que hayan experimentado sus nervios, ya en la antipatía ó simpatía que sienten por la persona del cantante; ó más generalmente siguen la opinión de algún individuo que, á pesar de reconocida insuficiencia goza de una falsa reputación, ó bien si conoce el arte y podría ser juez competente en la materia se ve impelido por circunstancias especiales á ensañarse malamente contra determinado artista. Dando esto por resultado que la mayoría de nuestro público padece de cierta extremosa propensión á enaltecer artistas, que en países en que los espectadores están musicalmente educados, no alcanzarían sino merecida indiferencia, ó aplausos análogos á los que tributamos á un volatín, mientras que otros cantantes que poseen innegable mérito, son víctimas de injusta crítica, ó no tienen por premio á sus talentos sino incalificable silencio.

Esto lo observamos todos los días, y con especialidad en nuestra manera de pensar y de sentir acerca del soprano dramático y del soprano ligero de la ópera. Se establece un falso paralelo entre ambos cantantes, resultando de contínuo que el soprano lijero se lleva todo nuestro entusiasmo, al paso que el soprano dramático apenas si oye de tarde en tarde una que otra manifestación de benevolencia. Porque es muy cierto que aún se admira incondicionalmente el canto de gorgoritos, y más se vé en el arte musical y más se aplaude, aquello que es de agilidad y destreza que lo que en el fondo representa y contiene un valor estético real. No sabemos gozar de aquellas inflexiones y matices que en el arte del canto dan la nota de un positivo elemento de belleza, sino que llegamos al delirio cuando nos regalan con la repetición irracional de una cascada de sonidos, sin parar mientes en que vayan ellos ó no de acuerdo con la idea ó el sentimiento que expresa la letra del libreto. Nos damos á ensalzar sin límites á aquellos artistas á quienes concedió la naturaleza una larinje especial, y cuyos acrobatismos vocales nos arrancan siempre frenéticos aplausos, y dejamos pasar en silencio una frase muy bien dicha y que es cifra y compendio de un talento sério y de constante ejercicio cerebral. Arrojamos á la escena flores y víctores por una cadencia muy *perlada* ó por un *sí ó do de pecho*, émulos de sonajería trompetezca (y que no prueban sino constitución pulmonar envidiable) al mismo tiempo que cubrimos con la capa de despreciativa inatención una frase musical que es gala y ornamento de la música dramática.

Débese esto—á nuestro juicio—á la general ignorancia que existe para saber distinguir la diferencia que hay entre la música instrumental (sin la palabra) y la música dramática (fusión poético-musical.) Porque es perder el tiempo empeñarse en que nuestro público vea en la música que oye, algo más que una sucesión de sonidos, más ó menos agradables, y proponerse que comprenda que es más difícil, infinitamente más difícil, componer y cantar un buen *recitativo* que escribir y expresar *ad usum populi* cien arias y romanzas repletas de gorgeos y sin intencion dramática real.

Y no se crea que sentimos inclinación ó preferencia personal hácia la música dramática, y desdén ó aversión por la música ligera.—Lo que sí pretendemos es que el mismo criterio para juzgar la una no se emplee para emitir concepto acerca de la otra; ni que hayamos de razonar de igual manera cuando nos ocupemos de la música instrumental pura que cuando de la música dramática, en la que el elemento poético-literario lleva tan gran parte, y amerita examen especial y singular atención. Queremos criticar el falso criterio de que para la emisión de un juicio en materia artística, basta y sobra con la impresión recibida por el espectador ú oyente; esto es: "que le agrade ó no le agrade" lo que oye, manera ésta de examen que anda hoy muy valida por el mu..do con el nombre de *crítica impresionista* y que por cierto no es de creación contemporánea ya que siempre la emplearon en todos los tiempos los necesitados de una panacea infalible para la curación de sus deficiencias de criterio é instrucción. Porque un trabajo de arte, bien sea escultural, pictórico, musical, etc., puede ser muy admirado por el vulgo, y ser sinembargo una obra baladí, que mucha razón tuvo quien dijo que era barbaridad estética "aplicar el sufrajio universal á la certidumbre en materias artísticas." Así, pues, para aplaudir ó censurar una producción, no basta, ni mucho más, con que cause buena ó mala impresión, sino que es indispensable en quien la juzgue, el conocimiento de las reglas y preceptos que debe seguir el artista en la concepción de su idea, ya en la parte técnica del arte que profese, ya en la esfera general estética en que debe girar toda creación.

Porque en toda obra hay que considerar dos elementos esenciales, que son: la fuerza de invención y el desempeño técnico; ó mejor: el fondo y la forma: no mereciendo la creación artística el nombre de tal, cuando faltan en ella ó existen sin justo equilibrio los tres términos que se derivan de aquellos dos elementos: *pensamiento elevado; sentimiento profundo;* y *expresión correcta* y *adecuada.* Aplicando, pues, esta regla á la música dramática, el compositor al crear, y el espectador al oír deben antes que todo posesionarse por entero de la situación escénica, de la cantidad de fuerza pasional que implica la letra que va á revestirse con el sonido dándole más grande valor expresivo, y no separarse en un ápice de la estrecha relación que siempre debe seguirse entre la palabra escrita y la frase musical. Así cuando se oye música dramática, no debemos atenernos esclusivamente á la impresión más ó menos apacible que traiga á nuestro oído la onda sonora, sino que es fuerza que nos empeñemos en seguir paso á paso la interpretación que el compositor ha dado por medio del elemento fonético á las palabras é ideas del poeta, y juzgar entonces con acierto si el acuerdo entre el pensamiento escrito y su traducción en música es enteramente exacto y racional. Ni más ni menos que lo practicaba Meyerbeer cuando, libreto en mano y sin separar la vista de lo escrito y el oído de la orquesta, presenció en París las primeras representaciones de *Los Troyanos* de Berlioz.

Sí es verdad que hay trozos de música admirables *por sí*, y sin que la palabra escrita les dé ó quite valor real. No lo negamos, pues que muchas, infinitas obras para instrumentos solos (todas las composiciones de Chopin, por ejemplo,) son dechados de inspiración y de la más alta belleza. (1) Pero el caso no es éste, sino el de examinar para la correcta emisión de un juicio si en el canto de la ópera existe ó nó el elemento dramático en perfecto estado de realización estética; porque la ópera no es solamente *música* sino un compuesto armónico de *música* y *poesía*, que se fusionan para multiplicar su potencia de acción; y así, ni la *letra* ni las *notas* en una *ópera dramática* pueden ejercer dominio por separado, sino que han de compenetrarse para el mismo efecto general, en una palabra: *coexistir.*

Por lo tanto, si hay la menor disparidad ó divergencia entre el sentido escrito y el musical, por más que el pensamiento literario sea bello, ó lo sea la frase melódica, nada valdrán para el conjunto, si no se amalgaman ambos elementos y forman un todo homogéneo y racional.

Para ilustrar con un ejemplo esta teoría, escojamos dos números célebres de música dramática; *el dúo final de Aida* y la *escena de la locura* en *Lucía.* Verdi ha logrado realizar un prodigio con aquel dúo inmortal, pues ha sabido traducir en música á la perfección el diálogo literario del libreto de Ghislanzoni. Más que simple sucesión melódica, como era de uso en la música del período romántico, expresan las notas del gran maestro aquel deseo insaciable de amarse, cortado á cada paso por las últimas espiraciones de dos moribundos. Los intervalos que emplea, al parecer irregulares, son precisamente los que con toda cabalidad manifiestan con asombrosa exactitud el estado armónico y fisiológico de aquellos dos seres que mueren amándose sin límites; es la agonía humana sublimada. Escena enteramente realista en que paso á paso presencia el espectador el lento finalizar de dos naturalezas que van apagándose á la manera de llama cuya luz se extingue lampo á lampo . . .

No existe, en contra, verdad semejante ni parecida en el célebre número musical de Donizzetti, el incomparable autor de *Favorita!* Todo allí, (como composición *musico-dramática*) es burdamente convencional, no conformándose el compositor con la irracionalidad de hacer que una loca se exprese con ritmo y cantidad incalculable de notas suavísimas, sino que establece uno á modo de «juego de escondite» entre la melodía vocal y una flauta que en la orquesta parece un continuo «corre que te cojo.» necio, por decir lo menos. Y, sin embargo, ningún espectador se pone á examinar la falsedad de ese número, sino que todos aplauden á destajo tan bárbara concepción músico dramática, únicamente porque *suena bien*, y les entusiasma aquel continuo corretear de escalas y arpegios ascendentes y descendentes . . . Que es necesario convenir que aún tenemos por guías en literatura la Retórica de Blair y en música los quijotezcos principios de estética proclamados por Scudo!

(1) En un libro que acaba de publicar Rubiustein, muy comentado. (*La musique et les representants*) este maestro, á pesar de haber escrito muchas óperas, desdeña el género vocal, y dogmatiza en el sentido de que la música verdadera, la que merece elojios sin fin, es la puramente instrumental.

Semejante falta de criterio, en cuanto á la interpretación racional de la palabra por la música, va desapareciendo por fortuna; y ya no hay compositor de nota que no dé suprema importancia al *recitativo*, que es en la ópera dramática elemento primordial, de necesidad lógica, siguiendo en esto, con buen acuerdo, el célebre apotegma de Musset cuando decía: *Tant que l'acteur parle, l'action marche ou peut marcher; mais des qu'il chante, il est clair qu'elle s'arrête.*

No más que esto, ó parecida regla, ha servido de base á Wagner y Berlioz (1) para establecer la reforma musical que hoy impera, y la que no es en síntesis otra cosa que la sustitución lógica en la música dramática de la melodía italiana de corte antiguo, por la *melodía continua* que es en fin de cuentas un *recitativo dramático.* Antes, la melodía estaba circunscrita á halagar muellemente los oídos de los espectadores y á hacer brillar el órgano vocal de los cantantes, no dándose importancia alguna á la orquesta que, según la expresión afortunada de un crítico, quedaba relegada al triste papel de «guitarrón de acompañamiento.» Hoy, por lo contrario, la melodía se reparte entre las voces de la escena y los instrumentistas de la orquesta, no concediéndose mayor importancia á la laringe de un Reszké ó de una Patti que al primer violín ó á la segunda trompa; aprovechándose así la gran fuerza orquestral, dando todo por resultado un conjunto grandioso de concepción músico-dramático, y no siendo ya la ópera, como lo era antes, simple sucesión de números de concierto vocal.

Si bien la melodía de corte antiguo tuvo su tiempo de gloria y predominio en el drama musical, porque representaba la parte sensacional (nerviosa?) de la obra, hoy anda muy desmedrado su poder de la nueva ópera, porque la orquesta no es como lo era, su esclava, sino su compañera; y quizás hoy supera en el concepto estético la armonía á la melodía, "ya que la armonía representa la parte más noble, la parte psicológica, por decirlo así, del trabajo musical."

No menor ventaja del nuevo sistema ha sido la supresión de los coros, cuartetos y tercetos, que no tenían razón lógica de existir, pues, no se concibe racionalmente que tres, cuatro, ó más personas que se hallan animadas de diversos sentimientos, han de poder expresarlos con iguales combinaciones de sonidos, en un mismo tiempo, y con palabras de todo en todo diferentes.

Mas á pesar de la lógica que reviste la estética contemporánea el público está aún inficionado de la música vieja, habiéndose llegado á presenciar en nuestros teatros el delirio de los espectadores con la susodicha *escena de la locura*, al mismo tiempo que han pasado inadvertidas las bellezas del gran duo de *Los Hugonotes.*

A veces deseamos, para bien del arte, que no se permitiese la entrada al teatro de la ópera, sino á aquellas personas que fuesen con nociones estéticas de lo que van á presenciar, para no vernos precisados á oir tanto dislate en las apreciaciones, ni ver ciertas malhadadas inclinaciones á enaltecer lo fútil, y despreciar lo grande y bello. Entónces, cuando los espectadores conociesen la diferencia radical que existe entre la *música dramática* y la *música en sí, por sí*, y no fueran á preocuparse solamente del sonido musical, sino de la armonía estética que debe existir entre éste y la frase poético-literaria, ganaría entónces el arte con una admiración consciente, y no andarían los compositores viendo el modo de satisfacer el gusto del público con mengua de la propiedad y belleza del arte por excelencia, de la divina música.

M. R.

(1) Wagner y Berlioz no son los iniciadores de esta reforma, como pretenden los retrógrados los que viven injuriándoles, pues mucho antes que ellos, ya Gretry [1] y Gluck pedían y trabajaban por ponerla en práctica.

Gretry decía en una de sus cartas: "Ya vendrá el día en que estos cantantes *bordadores* se án expulsados del teatro. Los gorgoritos parecerán tan absurdos, que se rechazarán por completo." V. Gruch en carta dirigida al Gran Duque Leopoldo de Toscana escribía á propósito de su ópera *Alceste*, lo siguiente "No he querido detener al actor [cantante] en el calor del diálogo por alcanzar el insípido efecto de un *ritornello;* ni cortar una palabra para que deteniéndose en una vocal favorable, hiciera valer en un largo pasaje la agilidad de su bella voz; ni he cedido tampoco ante el capricho de que la orquesta, por medio de una cadencia innecesaria, diera tiempo al artista para tomar aliento. . . . . .

En suma, me he esforzado en desterrar de la música todos aquellos abusos contra los cuales protesian en vano así el sentido común como la misma razón."

[1] Vid: GRETRY. Memoires ou Essais sur la musique 3 vols.

NUESTROS GRABADOS

Monolito de Valencia

En el año 1888 fue construida esta bella obra de arquitectura; cumpliéndose así en parte el decreto del Congreso de Colombia de 1821 que mandaba perpetuar la memoria de la célebre batalla de Carabobo con un monumento que había de erigirse en el mismo campo de la acción de armas que selló nuestra independencia. Nuestro grabado manifiesta en todos sus detalles las excelencias de la obra, y así nos dispensamos nosotros de describirlas.

Plaza Washington

Fue inaugurada en el centenario del Libertador, en 1884, y contribuye á dar mayor realce y belleza al templo de Santa Teresa que se destaca grandioso en la parte norte de dicha plaza. Su centro lo adorna una buena estatua del Libertador de la América del Norte, reputada como buena obra de arte por los conocedores.

Custodia de la Santa Capilla

Nos complacemos en publicar este grabado porque es obra hecha en el país sin los aparatos y máquinas que se usan para esta suerte de trabajo. Es una buena muestra de fina orfebrería fabricada con gusto y buen éxito.

Indios de Maturín

Al ver este grabado, no sabemos por cual idea de relación surgió en nuestra memoria el nombre de nuestro célebre médico el señor doctor Gaspar Marcano, y vino á nuestra mente el vivo recuerdo de aquellas seis horas que pasamos en su estudio en París, amenizadas por su franco trato, y oyendo de sus labios el resultado de sus trabajos de etnografía pre-colombiana, de los que ya ha dado á luz dos monografías muy aplaudidas aun por la Sociedad Antropológica de aquella metrópoli. Por supuesto que demás está decir que aquí no se conocen esos trabajos sino acaso por una que otra persona que cometen la necedad de ocuparse de las cosas de su patria. Porque es triste decirlo, pero muy cierto, que aquí nos conformamos en materia de conocimientos con lo superficial.

Una negrita *de pata en el suelo*

Este simpático ejemplar de nuestra zona típica va desapareciendo entre nosotros. Y á propósito, ¿por qué no ha de ocurrírsele á cualquiera de nuestros literatos costumbristas escribir algunos artículos acerca de nuestros tipos caraqueños? . . . Esta negrita nos recuerda la que describió Núñez de Cáceres, encaramada en el mostrador de la pulpería, gritando con voz estridente, *«un guevo de aceite y vinagre y mi ñapa de queso.»*

Teníamos aquí muchos tipos. José Antonio Calcaño nos ha referido escenas gustosísimas á este respecto y relatado episodios primorosos acerca de unas reuniones literarias que se llevaban á efecto casa de Heriberto García de Quevedo y Francisco Davegno las que se realizaban en la fotografía de Salas y Tover; y todo el mundo conoce ese circulito de la Plaza Bolívar en que dominaban como proto-tipos Mariano Montilla y Bernabé Díaz. Por qué no complacernos escribiendo estos sabrosos recuerdos tan llenos de originalidad?

Uno! Dos!! Tres!!!

Para los que no tenemos sino *uno!* parece que ha de ser siempre completa nuestra dicha, aunque á decir verdad, como que se sufre más en grande, aunque parezca paradoja, que con muchos. Los que tienen *Dos!!* y aun *Tres!!!* dirán si es cierto lo que representa el grabado. Y los que poseen más de esa suma, ¿qué dirán? Con la facilidad de reproducirnos que tenemos los venezolanos son muy frecuentes los ejemplos de docena y media; y para estos; qué consuelo? . . .

Mas, dicen personas que tienen por qué saberlo que la exuberancia en el *multiplicavit* bíblico, lejos de acrecentar cuidados y fatigas las disminuye, como que es una bendición del cielo. Y en todo caso queda siempre la satisfacción de dar seres que puedan ser útiles á la patria. Entre ninguno y quince, vengan quince.

Besos á los 7, 17 y 70 años

Hasta los 70 podemos dar razón exacta de cómo son los besos, y mal que bien recordamos cómo fueron los de los 7 y 17. Ese escalafón de sensaciones vibratorias, merecía la pena de que fuera estudiado con profundidad científica y observación psicológica y como hasta ahora lo ha sido, ya por fisiólogos como Mantegazza que se ocupa únicamente de sus efectos mecánicos, ó por novelista de tres al cuarto. El beso infantil es nada para el niño, cuya circulación y desarrollo orgánico son incipientes; para el joven es tan delicioso, que cambiaría uno solo, á través de la reja, y sobre unos labios rojos por el mismo cielo de Mahoma; pero el beso santo, el del alma abstraída en un amor purísimo, es el que depositan los padres en la frente de la hija, en el momento en que cambia ella de estado, y se desprende de los brazos paternales para arrobarse en los del esposo amado. ¿Quién podría describir con exactitud las impresiones de esa despedida?

Vista de Chorrillos (Perú)

Ninguno que haya cruzado dos palabras con un peruano dejará de conocer aquel centro de recreo y lujo donde limeñas y limeños van en busca de aire puro y solaz para las diarias fatigas de la vida. Fue incendiado y destruido en parte durante la última desgraciada guerra entre Chile y el Perú, pero va ya resucitando de entre sus cenizas y presta de nuevo á sus visitadores las ventajas que antes.

Música de Emilio Calcaño

A sus títulos de excelente profesor de inglés une nuestro amigo Calcaño el de una decidida afición á la música. Educado clásicamente en este arte, muchas veces nos ha deleitado con su ejecución correcta de las obras sabias escritas para el piano; y hoy nos obsequia con una de sus composiciones, de cuyas virtudes y excelencias gozarán los lectores de EL COJO ILUSTRADO. Gracias al amigo por el regalo; prometiéndonos para lo futuro nos haga la merced de nuevos trabajos con que adornar las columnas de esta Revista.

Tucacas

EL COJO ILUSTRADO se complace en dar á conocer algunos edificios de esta población que fue la primera en nuestra patria que disfrutó las ventajas de un ferrocarril. Este fue establecido por los ingleses para la explotación de las minas de cobre de Aroa y de ahí arranca hoy la línea de Barquisimeto.

Agradecemos el envío de las fotografías que nos han servido para producir estos grabados, y de nuevo suplicamos á nuestros lectores de los Estados nos remitan todas las que puedan de sus respectivas localidades.

El Mercado de Maracaibo

Reproducimos de fotografía este otro punto importante de la ciudad del lago.

BENITO ESTELLER

BENITO ESTELLER

Jamás creí que tan en breve hubiera de pagar la deuda de generoso afecto que, en este mismo periódico, me impuso la genial bondad de uno de los Esteller. Pero la muerte, que ha querido borrarlo de esta vida, se empeñará en arrebatarle también la que él pretendió darme; y yo, ora por aquella obligación, ora por espontaneidad de mi cariño, ora por instante justicia, tal vez hasta por acatamiento á la verdadera gloria de la Patria tengo que tomar la abandonada pluma, de seguro sin caracteres dignos de mi noble dolor, y acaso sin brillantez para los ojos que lean esta pálida traducción de la amargura que llena mi alma.

¿Pudo nunca pintarse con palabras la negrura y la medrosa mudez de la noche? ¿Pueden ellas dar idea, ni lejana, de la pavorosa vaguedad del desierto? Imposible! y si la alegría, que ama la publicidad, requiere el brillo de la luz, y los colores y el ruido; la tristeza, que se aplace en la soledad, busca pudorosa el luto y las calladas sombras. Dar luz á éstas sería, cuando menos, hacer la aurora, y la noche, exclusivamente la noche, es lo que pido á la pluma. Sólo el entusiasmo puede ser locuaz; el amor cuanto más íntimo más mudo. ¿Ni dónde hallar tampoco un estilo galano, que no desmienta la profundidad del dolor, cuya retórica natural son los sollozos y los lamentos? Las lágrimas, único fluido con que debieran escribirse las grandes tristezas, son incoloras y sólo producirían páginas mudas como el silencio que las corteja, y vacías como la ausencia de fe que las asalta . . .

Ah! ¿Por qué la cizaña ha de cobrar más espacio: perdurar más que el trigo? ¿Por qué la virtud ha de hundirse y entronizarse la maldad? ¿Por qué la muerte no tiene la moral de premios y castigos, que nosotros concebimos y reverenciamos con el nombre de justicia? Si un sér aparece á nuestros ojos completamente divino, sien-

do bueno para todos, inteligente, abnegado; poseyendo en una palabra la perfecta concordancia de un noble corazón con un cerebro todo luz ¿por qué ha de hundirse en la fosa como otro cualquiera, en cuya formación Dios visiblemente no puso el menor esmero? Trabaja, por ventura, esa suprema sabiduría para gozarse neciamente, como los humanos, en destruír sus más prolijas obras?

Ah! dulce amigo, mírame: fiel siempre, estoy aquí delante de tu cadáver y, mostrándolo al Cielo, pídole cuenta de sus crueles juicios. Cómo! ¿Tú, inerte, mudo, mientras que la naturaleza, que dicen inanimada, parece complacerse en exagerar la vida que se le niega? Sí, en este instante las estrellas se ocultan y se apagan, la lluvia azota con fragor los techos, el relámpago traza sus rúbricas de fuego sobre el espacio pavorosamente ennegrecido, y el trueno sordo y medroso ruge como una fiera en lontananza. Y tú, que eras enteramente sensibilidad y animación, no me respondes, no te mueves, no despiertas! Todo, todo ha concluído: te has tornado, por fin, simple materia, inevitable corrupción.

Mas no! Siento que algo tan indeciso como sobrenatural flota en torno de mí. Es tu clarísimo espíritu que me visita. Sí, ya escucho como conforta y tranquiliza al mío, diciéndole:

"Cálmate, pobre amigo! Si quitas el alma á la naturaleza ¿qué mucho que la encuentres luego sólo materia deleznable y corruptible? Si te empeñas en desconocer al Padre que te creó, ¿qué mucho que te sientas huérfano? ¡Buzo que desciendes al fondo del piélago y, porque no puedes arrancarle sus perlas, te consuelas con negar la existencia del placel que las prodiga! Convéncete: el poder de Dios no tiene más medida que la inagotable incomprensibilidad de sus medios; contiene al mar con una valla de arena y al pensamiento orgulloso de su extensión con la estrechísima idea de la nada; y á pesar de ello el hombre pasa la vida sin enterarse un punto, de que para ver las estrellas es imprescindible esperar la noche, y empeñado en alcanzar las verdades celestes, aún antes de que se las dejen percibir las sombras de la tumba. Sólo entrando en esa nada, que enreda todas vuestras vanas filosofías, puede comprenderse la latitud de ese elemento de que Dios formó el mundo y ver como la esterilidad, absoluta para vuestro pensamiento, se torna fecundidad inestancable en sus manos. No, no me llores muerto, cuando estoy en el seno de la vida, ni me llores mísero, cuando palpo que el recuerdo de mi bondad seca dulcemente tus lágrimas, y te lleva á cubrir de flores el polvo de mi tumba."

Aguarda, no me abandones, espíritu inefable, que haces fecunda la amistad aún más allá del sepulcro; que conservas en él la blanda persuación que manaba de los labios humanos que te interpretaban. Oye: sé que no has muerto para mí, que tu virtud, ejemplo cautivador á que referiré todos mis pasos en la vida, prolonga nuestra amistad y nuestro trato, á pesar de la eterna separación; pero vuelve, vuelve á visitarme cada vez que mi fe decaiga; siempre que me abandone la esperanza . . . .

P. Arismendi B.

NOTAS PERDIDAS

..."Después del aturdimiento que me causó la inesperada noticia de la muerte de mi padre—escribía X... en el salón de lectura de un hotel, en una triste, oscura y lluviosa ciudad del Norte de Inglaterra—después del salto que me dió el corazón al leer el terrible cablegrama, mi espíritu vuelve á pensar, meditar y soñar.

"Muchas veces (siempre en las interminables noches pasadas en ferrocarril, como si el solo hecho de alejarnos de nuestro centro habitual de vida aumentase el convencimiento de que por todas partes nos rodean peligros y amenazas), me preocupó la posibilidad de saber repentinamente la muerte del buen viejo. Pero siempre, á pesar del insomnio, del silencio y de la soledad, siempre creí que el espíritu sería bastante fuerte para dominar los saltos del corazón y considerar con valor estóico el gran vacío.

"Así lo creía también aquel cerebro robusto y sano que se esforzó en acostumbrar al mío desde niño á recibir sin sorpresa lo inesperado y á penetrar sin temor en lo desconocido. Aún en los últimos años, cuando algún sufrimiento físico le advertía que la vejez es hermana gemela de la muerte, se complacía en comentar ingeniosamente los versos de Lucrecio:

Cedit enim rerum novitate extrusa vetustas.

"Qué diferencia, sinembargo, entre la filosofía serena del que se va sintiéndose amado y las primeras tristezas del que se queda solo! Las primeras tristezas del huérfano tienen un fondo tan grande de amargura y tales refinamientos dolorosos, que la razón se precipita en un abismo demasiado negro... Por fortuna este no es más que el primer período, el período pasivo del dolor, el dolor puramente orgánico, que se acerca á la desesperación ó á la locura, pero que casi siempre encuentra en su misma intensidad fuerzas para promover la reacción de la vida y hacer brillar de nuevo la conciencia.

"El dolor consciente se convierte poco á poco en dolor moral. La vida orgánica, desconcertada un momento por el choque brutal con un obstáculo imprevisto, vuelve al equilibrio, y el cerebro recupera sus funciones habituales,—siquiera con la miedosa timidez de un convalesciente todavía muy débil. Entonces con la resurrección del recuerdo, empieza la melancólica voluptuosidad del consuelo.

"Cuando con voluntad enérgica llamamos al sér ausente, la imagen de éste viene á acompañarnos. Cuando con todas las fuerzas del alma evocamos el recuerdo del muerto, creemos que éste continúa viviendo... El culto de los muertos existirá siempre. No ciertamente el culto del organismo ya inerte, no el culto del sér frío é inmóvil que se llevan en el ataúd y desaparece en la tierra, pero si el culto del recuerdo, el culto de aquellos recuerdos que son como ecos inextinguibles del conjunto de vibraciones que constituyeron una vida, un pensamiento y un amor.

"Para el cadáver no hay resurrección posible en la misma forma que nos fué simpática y querida. Eso que se va en el ataúd no merece ya ni recuerdo ni amor: eso nos es ya indiferente: eso es hasta enemigo de nuestra propia vida desde que empieza á desagregarse la materia para tomar otras formas... Si las moléculas que palpitaron como corazón vuelven á aparecer á nuestros ojos palpitando como ala en el insecto ó pétalo en la flor, ¿qué importa?... ya no tienen con nosotros relaciones de mutuo afecto. Si la misma fuerza que vibró como pensamiento en aquel cerebro vuelve á vibrar como calor ó como luz, ¿que importa?... ya no tiene con nosotros relaciones de ideas.

"La desaparición de la forma que amábamos y nos amaba es la muerte definitiva. Si algún día yo paso por sobre el césped ó la piedra que indica el lugar donde enterraron el cadáver, no me detendré. Allí no está mi padre, allí no queda nada de él.

"Cuando un sonido conmueve un punto cualquiera del espacio, en ese punto del espacio no queda nada del sonido: sus vibraciones no se inmortalizan sino con el recuerdo simpático que dejan en quien las oye. La vida del sonido está en mis sentidos, en mi alma: el aire que me lo trasmitió me es indiferente... Esa materia ya inerte que fué mi padre no es nada para mí. Lo único que de él queda en el mundo queda en mi corazón y en mi memoria.

"En el camposanto podría experimentar sensaciones estéticas, como en un jardín ó en un rincón de campo cualquiera. Pero en el camposanto, á pesar de la piedra sepulcral y de la inscripción que me mostraría el nombre amado, no me sentiría más cerca del buen viejo: me sentiría tan lejos de lo que fué su forma momentánea como aquí, del otro lado de un océano, en esta atmósfera asfixiante donde respiran séres con quienes no tienen relaciones de afecto ni mi corazón ni mi cerebro.

"Aún aquella misma fecha grabada sobre la piedra sepulcral me será pronto indiferente. Ya procuro borrarla de la memoria. Puesto que la vida moral del buen viejo continúa, por esfuerzo amoroso de mi alma, formando parte de mi vida, ya para mí no tiene razón de ser aquella fecha. La olvidaré, como he olvidado la fecha del día en que á la puerta de la casa donde ambos nacimos y él murió, me apretó por última vez entre los brazos y se quedó llorando. En mi amor de hijo no ha habido nunca paréntesis ni límites entre el sér y el no sér: ¿por qué habría entonces fechas en el recuerdo?

"Yo no podría determinar en qué instante comenzó mi amor de hijo: antes de modelarse mi organismo ya aquel existía, puesto que el fondo de mi vida no es más que la prolongación de la vida de mis padres. Desde hace veintiocho años no lo he sentido crecer ni disminuír, idéntico siempre á sí mismo, como el Dios inmutable de las religiones, sin límites imaginables, como el universo de las cosmologías materialistas. Ni morirá tampoco cuando mi corazón se paralice, puesto que á mi lado crece ya otro sér que vive de mi vida y me ama con mi amor.

"Por el recuerdo llevamos en nosotros la existencia moral de nuestros antepasados, así, como por la herencia, llevamos su existencia orgánica. Cada sér es el término actual de una serie cuyo principio es imposible fijar en el pasado: cada alma es la resultante consciente de ideas y amores que han venido repitiéndose al través de las generaciones. En la serie no ha habido paréntesis, ni las fuerzas que producen la resultante se han paralizado nunca. ¿Por qué entonces establecer fechas en la existencia del amor? Para el recuerdo más querido la muerte misma no es un límite...

"Yo tenía la costumbre de escribirle cada semana, en cualquier parte donde me encontrase, analizando al correr de la pluma alguna sensación nueva ó relatando algún incidente de mi vida intelectual. Así, á pesar de la inmensa distancia material, estábamos siempre cerca el uno del otro. Hoy debía escribirle... Esta triste ciudad donde me encuentro, tan negra y tan fría, me ha hecho pensar en la muerte. Evoco el ser moral de mi padre y continúo conversando con él. Voy á dormir tranquilo. Mi amado viejo está conmigo, puesto que vive en mí..."

José Gil Fortoul.

Carlisle, noviembre de 1891.

MONOLITO DE VALENCIA

TRISTE NUEVA

Los últimos periódicos, venidos de Madrid, nos traen una tristísima noticia.

Parece que la prensa madrileña tiene el empeño oficioso de venir á entristecernos más de lo que estamos.

"Al caído con el pié," dirá ella, y hete aquí que nos endilga con la mayor seriedad del mundo la aciaga nueva.

Y voy á la historia.

Imagínense mis lectores, que había, estudiando en la escuela militar de Toledo, un joven cadete de diez y siete años llamado don Julián Rodríguez. Este joven oficial tuvo la inmensa desgracia de amenazar á uno de sus directores con un revolver, y el criminal ímpetu ha sido castigado, condenando á su autor, á la *cadena perpetua*.

Ni los méritos personales del joven cadete, ni los servicios prestados por su padre como oficial distinguido en las filas del ejército español, fueron parte á que el tribunal disminuyese la severidad de su fallo. Antes bien; ¡ la sentencia no fué de *muerte* por que el joven sentenciado no había cumplido los diez y ocho años! . . .

¿No es verdad, lectores míos, que esto es muy triste? ¿No, es verdad que tuve razón al preveniros de su tristeza?

Sí, me diréis:

Pero, advertid otra cosa que si es muy triste en el sentido de la sensiblería, también es muy lógico.

Lógico en el sentido de la educación moral que se da hoy á la juventud.

La ciencia de las costumbres nos enseña

que entre los deberes que el hombre tiene de cumplir para consigo mismo, está el de educar su voluntad, como facultad del alma: y esta educación consiste, en aprender á enfrenarla para que no se desboque impulsada por el despótico capricho y caiga en la sima donde sería víctima infeliz de las pasiones rebeldes.

Pues bien: ¿sabéis una cosa?

Así no se hace con la juventud actual.

Por eso los niños de hoy al más pequeño contratiempo, á la más pequeña reflexión que os dignéis hacerles se desatan ó en palabras que no pudieran repetirse sin ofender el pudor, ó en amenazas que afearían á un matón de ventorrillo ó á un pilluelo de baja estofa.

No es nada eso.

Es que de la última palabra soldadezca que brotó de sus labios, á llevar la mano atrás, y sacar un *revolver* no hay más que un paso, y de sacar y apuntaros y, ó heriros ó quitaros la vida no hay más que medio: (se entiende medio paso).

Estoy seguro que no habrá ninguno de mis lectores que no exclame al leer las anteriores reflexiones: ¡es verdad: es verdad!

Yo digo también que es verdad, y por eso lo escribo: pero digo además, que ese proceder tan reprensible está en la forma de la educación actual que se halla profundamente viciada.

Y he aquí por lo que nos espanta y entristece á la vez, mirar á la mayoría de nuestros jóvenes, con corazones de tigre y semblantes de viejo.

La molicie ha hecho esos corazones.

La concupiscencia prematura ha envejecido esos semblantes.

La naturaleza ha tenido que huírse avergonzada á otros seres más dignos de sus favores.

Si el hombre nace naturalmente rebelde: ¿dónde es que debe reprimir esos instintos de rebeldía que ahogan la paz y la felicidad de su corazón? y ¿quienes son los llamados á detenerle con brazo tutelar en el camino de esas concupiscencias de la vanidad que asfixian su dicha?

Dos palabras contestan á estas dos respuestas: el hogar, los padres.

La salvación y la felicidad de un joven: está en esto: en que tenga padres que lo eduquen y hogar que lo forme.

Y la piedra angular de la educación está en hacernos *enfrenar* nuestros instintos de rebeldía, contrariando severamente las propensiones del capricho injusto, y muchas veces las del mismo capricho justo.

Los padres deben hacer con los hijos lo que hacen ciertos reyes con la milicia, en tiempo de paz: es decir la ejercitan en combates simulados; para que aprenda, en los días tranquilos, á lidiar y á vencer en las horas de prueba.

El hogar debe ser escuela para que el niño aprenda en su paz feliz á luchar las cruentas batallas que le esperan en la vida.

Un niño á quien se satisfacen en el hogar doméstico los más leves gustos, y los más temerarios caprichos y con ese método va creciendo, y de esa manera lo váis formando para la vida social: ¿qué habrá de cosechar al entrar en ella?

Indudablemente: disgustos terribles:

Habrá de creer que todos son sus esclavos como lo fueron sus padres: habrá de pensar que todos deben en todo y para todo, hacer lo que á ellos plazga.

Y ahí está la equivocación.

Tristes y muy tristes reveces le vendrán á decir, que no todos son como sus padres y que en la sociedad no se puede vivir sino cumpliendo cada cual sus deberes, y guardándose consideraciones mútuas: y que no es ella teatro para llevar el capricho personal por guía, y la voluntariedad por norte.

Pero, lector, verdad que es muy triste lo que le ha pasado á ese joven Rodríguez. En la flor de la vida, en la aurora de las ilusiones: cuando, tal vez soñaba con tan risueñas esperanzas y arrullaba en su cerebro un porvenir de gloria; viene una sentencia á decirle; *tu vida, tus ilusiones, tus esperanzas, tu porvenir es ese calabozo: ahí estarás hasta que te mueras: entra en el.*

¡Eso es infame! eso es cruel! eso es abominable, es menester revelarse contra sentencia tan bárbara!

Pero debe ser un gran crimen el que se ha castigado de modo tan cruento:

El joven amenazó con un revolver á su profesor.

Y esto es grave.

El joven que amenaza con un revolver á su profesor está en vísperas de amenazar á su padre.

El profesor es el segundo padre ha dicho Confucio.

Además; si hoy un estudiante amenaza con una arma á su profesor: mañana no es raro que lo hagan dos, y luego tres; y después; los Colegios y las Academias habrían de terminar por un San Mateo, ó cosa semejante.

De modo lector mío, que en el asunto de este desgraciado joven uno se pregunta:

¿Su falta merece castigo? . . .

Sí señor: se contesta inmediatamente.

Pero ¡qué terrible ha sido la pena! . .

Sí: muy terrible.

Uno se irrita ante la gravedad de la falta, y llora ante la acerbidad de la pena.

¡Cómo no se verían estas cosas, si los padres fuesen más severos en la educación de sus hijos.

¡Quiera Dios que la bondadosa señora reina de España, se apiade del desgraciado joven y alivie la expiación ¡de su falta! . .

DAVID.

NECROLOGIAS

Ha muerto el señor JUAN RÖHL, uno de los más antiguos y connotados miembros de nuestro comercio. Baja á la tumba rodeado del aprecio y del respeto que merecieron su larga vida de honrada é incesante labor. Reciban sus deudos el homenaje de nuestra sincera condolencia.

No pasa semana sin que tengamos que lamentar la desaparición de un hombre de bien y útil á la sociedad. Hoy toca hacerlo de la sentida muerte de nuestro amigo el señor LEÓN SUÁREZ. ¿Quién no le conoció? Venciendo en lucha desigual y terrible la constante agonía de una afección orgánica, veíasele sin tregua entregado al honrado trabajo, dando ejemplo á propios y extraños de cómo la concepción alta del deber y su sagrado cumplimiento, pueden hacer el milagro de que un agonizante, con medio cuerpo en el sepulcro, emplee las pocas fuerzas que robó á la muerte, en batallar brazo á brazo en las faenas más duras, para buscar el pan de los suyos.

Mas, feliz quien como él desciende á la nada mereciendo el dictado de héroe del trabajo, y dejando á la sociedad ejemplo santo de inmaculada honradez!

Sobre su sepulcro es justo que se graben con sentido altísimo y sublime justicia las palabras del poeta:

"AQUÍ DESCANSA UN HOMBRE!

LA MAÑANA EN EL CAMPO

A JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Tras el silencio de la noche umbría
Destrenza el sol la rubia cabellera,
Y extiende hasta la incierta lejanía
Su manto de esmeralda la pradera.

¡Cuánto de gozo la mañana ofrece!
Del céfiro sutil al dulce halago,
El verde junco palpitar parece
Cabe la margen del dormido lago.

Con majestad de roseo colorido
La bóveda celeste se engalana,
Y entona el ave desde el blando nido
El himno precursor de la mañana.

Sacude el árbol el ramaje espeso;
Mueve sus ondas el inquieto río;
Y abre la flor con cándido embeleso
Su cáliz, coronado de rocío.

Bajo el helecho de eternal verdura
Que en las serenas linfas se retrata,
Buscando va la fuente en la llanura
Tender airoso su raudal de plata.

Entre las flores con gentil donaire,
Vagan las brisas esparciendo aromas,
Y con ala fugaz cortan el aire
En inmensas bandadas las palomas.

De los umbrosos bosques que limitan
El horizonte azul, entre la calma,
La erguida capa con orgullo agitan
El fresco tilo y la flexible palma.

Del canto pastoril, eco armonioso
Lisongea el ambiente perfumado,
Al par que del redil al prado herboso
Corre en tropel el balador ganado.

La sazonada mies de henchido fruto,
Del franco labrador rico tesoro,
Pródiga brinda en plácido tributo
La enhiesta espiga de color de oro.

Y allá do el alba con fulgor divino
Rompe el cendal de la azulina bruma,
Extiende el mar su manto zafirino
Orlado á trechos de liviana espuma.

Y con deleite en la arenosa orilla
Peina la ondina sus guedejas blondas,
Y audaz la pescadora navecilla
Hiende el cristal de las marinas ondas.

Del labriego feliz la prole ufana
Risueña en torno del hogar vocea,
Mientras vibra en la torre la campana
Que al templo llama en la distante aldea.

Todo es placer y encanto y armonía
De la campiña en la animada fiesta . . .
¡Cual se aduerme la ardiente fantasía
Al trémulo rumor de la floresta!

Aquí feliz, á la apacible sombra
Del naranjal, y entre el benigno ambiente,
Me brinda el césped florecida alfombra,
Frescura el aura y música la fuente.

El suave aroma que la brisa exhala
Embriaga al corazón, y por doquiera
En su vuelo fugaz despliega el ala
El genio de la alegre Primavera.

Oh! feliz el mortal que sus dolores
Puede acallar cuando despierta el día,
Al contar sus pesares á las flores
En el silencio de la selva umbría!

¡Feliz quien de la suerte al vario giro
El bien soñado en su infortunio alcanza,
Y á quien muestra en la paz de su retiro
Risueños horizontes la Esperanza!

Y feliz quien en medio á la infinita
Amarga agitación de la existencia,
La venturosa paz que el campo habita
Logra siempre llevar en la conciencia!

ALIRIO DIAZ GUERRA.

ERRATA.—Los nombres científicos de las plantas utilizadas por los *akkas* en la confección de su veneno de flechas salieron algo estropeados en nuestro número anterior (pág. 168), según nos lo hizo notar el Sr. Dr. A. Ernst, y debe ser como sigue: *Erythrophlœum guineense, Pilisota Barteri, Combretum* y *Strychnos*. La *Tephrosia* es probablemente la especie llamada *T. Vogelii*, notable por su propiedades narcóticas, razón por la cual los indígenas del Africa Occidental la usan para envenenar las aguas, con el fin de "embarbascar" los peces, como lo hacen los indios del Orinoco con la *Tephrosia toxicaria* de nuestra flora.

Nos exige el Dr. Ernst publicar esta

OTRA ERRATA.—Suprímase el punto y coma detrás de *conserva*, última palabra de la página 165, y póngase una coma en *cultivo*, primer renglón, tercera columna, página 166.

OMNIPOTENCIA DE EROS

Antes de todo fué Chaos: después Gœa de amplio seno, eterno é inconmovible sostén de todas las cosas; y Eros, el más bello de los inmortales, que penetra con su dulce languidez á los dioses y á los hombres, que domina los corazones y triunfa de los sabios consejos.

HESIODO: TEOGONÍA

I

Chaos, Gœa y Eros constituyen, en la Teogonía y Cosmogonía de Hesiodo, la tríada primitiva de donde todo procede. Chaos no es la materia informe, la *rudis indigestaque moles* de Ovidio, sentido en que se toma generalmente esta palabra, el Chaos de la teogonía hesiódica es el espacio absolutamente ilimitado, abierto para dar cabida á todo, y que á todo precede. Gœa, posterior á Chaos en el orden de sucesión de los seres, no es la tierra como se interpretó más tarde, sino la materia en vía de formación. En cuanto á Eros, parece deducirse del texto, que es una personificación del sentimiento del amor, que anima y subyuga la naturaleza entera. Así lo han comprendido los filósofos, poetas y artistas de la antigüedad. Platón ensalza á Eros como la expresión del más refinado y puro amor, y apoyándose en las creencias populares, celebra al dios como el autor de los más elevados esfuerzos de la inteligencia humana. Sófocles y Eurípides ponderan su poder irresistible. Alceo supone que el joven dios ha nacido de la unión de Iris, la que lleva hermosas sandalias, y de Zéfiro, el de la cabellera dorada: Zéfiro, el viento fecundante, é Iris, el arco que aparece con las primeras lluvias de la estación primaveral. Scopas toma á Eros como hijo de Aphrodite, la diosa del amor; y para expresar la naturaleza de esta última deidad, se vale, en su conjunto del santuario de Megara, de las tres estatuas de *Eros* [el amor], *Pothos* [el deseo], é *Himeros* [el anhelo]; y Praxiteles inmortalizó la creación de la fantasía griega con su obra maestra que se veía en Thespies, en donde Eros era el objeto de un culto particular, y en donde se celebraba cada cuatro años en su honor, el concurso á la vez gimnástico y musical de las Erotidia.

A pesar de tales opiniones, Mr. Alfred Maury, en su notable obra *Las Religiones de la Grecia*, afirma que el Eros primitivo no era el dios del amor humano, ya que los hombres no habían nacido para aquel tiempo, y que los mismos dioses no habían surgido de la conjunción del espacio y de la materia. Para este sabio escritor, Eros es una imagen mitológica que encubre una idea abstracta; es, en realidad, "la fuerza atractiva que impele los corpúsculos elementales á agregarse y á combinarse" es, en en una pala-

CARACAS — PLAZA WASHINGTON (*De fotografía de Lessmann*)

bra, la personificación de la gravitación universal.

M. Max Müller, *Mitología comparada*, atribuye á Eros, como á las otras divinidades helénicas, un origen naturalista, y le asimila al Arushá de los Vedas, que representa al sol naciente disipando las tinieblas de la noche. Sin duda este distinguido autor se funda en la cosmogonía órfica, que ha tomado más de un elemento poético á las tradiciones populares. Según dicha cosmogonía, en el origen de las cosas, la noche, *Nix*, *Leda* ó *Leto*, de negras alas, fecundada por el viento, ha infantado un huevo, del cual cumplido los tiempos, ha salido Eros, el dios resplandeciente, de alas de oro, el dios de la luz y de la vida. Esto nos recuerda el huevo de oro, ó germen primitivo de la cosmogonía de Manú, del cual Brahma, por la sola fuerza de su pensamiento, formó el cielo y la tierra dividiéndolo en dos partes.

Compréndese después de pensar un poco, que las diversas concepciones relativas á la personalidad de Eros no se diferencian gran cosa, ya que el amor equivale en lo moral á la atracción en lo material; y que si la fuerza atractiva y el amor, por la tendencia á unir los elementos y los seres, aseguran la perpetuidad de la vida, es el sol por sus irradiaciones, la fuente única de la animación, la vida y la belleza de la creación sublunar. Los griegos, el pueblo más espiritual que ha existido, adivinaron con su maravilloso instinto todas estas relaciones, y unieron varias ideas generales análogas incarnándolas en una sola deidad.

Asimilaciones idénticas encontramos en los poetas y filósofos modernos. Ya dijo Campoamor en sus doloras:

"Desde la ciega atracción,
Beso que da el pedernal."

Y en otra:

"Querer, un misterio, ...
Que á dos funde en uno . . . ."

Víctor Hugo establece en una frase, un paralelo entre el amor y lo que llaman los físicos las fuerzas centrales ó polares. "La reducción del universo á un solo sér, la dilatación de un solo sér hasta Dios, tal es el amor." Y más adelante nos dice: "¡Oh amor! ¡adoraciones! ¡deleite de dos espíritus que se comprenden, de dos corazones que se comunican, de dos miradas que se penetran!" Y más luego "Cuando el amor ha confundido y mezclado dos seres en una unidad angélica y sagrada, se ha hallado para ellos el secreto de la vida; ya no son sino dos alas de un mismo espíritu."

Flammarión describiendo con su brillante estilo el extásis de dos amantes, pone en boca de él: "Sí: nosotros hemos olvidado todas las preocupaciones sociales para no obedecer sino á la atracción, como el sol, como todos esos astros, como el ruiseñor que canta, como la naturaleza entera." Y por una síntesis mucho más comprensiva dice en otro lugar. "La mónada humana, superior á la mónada de sal, á la mónada de carbono, á la mónada de oxígeno, las absorve y las incorpora en su obra."

La gravitación universal se diferencia de las fuerzas radiantes, calor y luz, por una circunstancia capital que se halla igualmente en la atracción moral de los espíritus: la de que su acción se ejerce á través de todos los obstáculos materiales. Nuestro festivo poeta, Juan Vicente Camacho, dijo en su estilo jocoso inimitable hablando del amor:

"Hace de altanero alarde
Y del encierro se venga,
Pues no hay cárcel que lo tenga
Ni cerrojo que lo guarde"

Y Víctor Hugo escribe: "Los amantes separados engañan la ausencia con mil cosas quiméricas, que sin embargo tienen su realidad. Enhorabuena que les impidan verse, que no puedan escribirse; pero ellos encuentran multitud de medios misteriosos para corresponderse. Se envian el canto de las aves, el perfume de las flores, la luz del sol, los suspiros del viento, la irradiación de las estrellas, toda la creación. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios han sido hechas para servir al amor, y el amor es bastante poderoso para confiar á la naturaleza entera sus mensajes."

Dúdase, generalmente, de la posibilidad de las comunicaciones á distancia y á través de los obstáculos materiales, entre espíritus que de algún modo simpatizan, y hay muchas personas que la niegan rotundamente. Como no es nuestro objeto el tratar ahora *in extenso* semejante tema, nos limitarémos á referirnos sobre el particular á los serios estudios hechos por personas muy competentes acerca de los fenómenos conocidos hoy con el nombre modernísimo de *telepatía*. Recordamos en este momento, que por el año de 1872, cuando nadie se ocupaba de este asunto, y no se había creado, por tanto, la palabra, publicamos unos artículos en "La Opinión Nacional" bajo el título, nos parece, de *El Espíritu divino y el Atomo*, en que nos ocupamos de la materia; y nuestras opiniones de entonces fueron calificadas de fantasías infundadas por algunos que se han complacido en atribuirnos la cualidad de noveleros. Satisfacción, y muy grande, hemos experimentado al ver confirmados los hechos cuya explicación buscábamos en aquella época, por notabilidades de la ciencia contemporánea. A los que deseen imponerse del estado de la cuestión nos permitimos enviarles á las obras siguientes, los nombres de sus autores son garantía de la seriedad de sus miras. "Phantasms of the living" por Messrs. Gurney, Myers & Podmore: "Les Hallucinations télépathiques" por Mr. L. Marillier. "Uranie" por Mr. Camille Flammarión; y á dos artículos del célebre naturalista inglés, miembro de la Real Sociedad de Londres, Mr. Alfred Russell Wallace, publicados en los números de Enero y Febrero de 1891, de un periódico de Boston titulado "The Arena."

Volviendo á nuestro tema, dirémos que, por lo visto, amor y atracción son términos hasta cierto punto equivalentes. Eros, según los griegos, nada produce por sí solo; pero en virtud de su acción, todos los elementos y todos los seres tienden á unirse, y de esta unión resulta la vida. Chaos y Gœa, ó el espacio y la materia, van á engendrar sucesivamente todas las cosas por la poderosa energía de Eros.

¡A quien le fuera dado poseer la eminente facultad de saber pulsar la cítara de oro del dios musageta, y sacar de ella sonidos melodiosos que nos trasportaran á las regiones del éter! Quien fuera tan dichoso como para alcanzar la protección de las nueve hermanas que encantan con su acento celestial los festines de los inmortales! ¡Quien tuviera la divina inspiración de Homero, la imaginación fecunda de Ovidio ó de Ariosto, la exquisita sensibilidad de Sófocles, de Virgilio, de Petrarca ó de Lamartine, la magnificencia y grandiosidad de conceptos de Esquilo, de Dante, de Byron, de Goethe ó de Víctor Hugo, la facilidad inimitable y el gusto delicado de Becker, de Campoamor ó de Núñez de Arce, para entonar ahora un himno en loor de aquella adorable deidad, del sublime sentimiento que vivifica toda la naturaleza, y cuyos efectos se perciben en el murmullo cadencioso de los átomos al cumplir su labor de la perpétua creación de los seres; en el vuelo vertiginoso de la estrella que se precipita á través del vacío insondable por toda la eternidad, y en las incomparables delicias que hacen estremecer dos almas que se comprenden y se completan!

Cerrado para nuestra inteligencia, por su exigüidad, el templo de las grandezas y de la gloria, habrémos de abandonar una empresa reservada á los genios privilegiados. Modestos por necesidad, nos contentarémos con estudiar, bajo el punto de vista científico, la faz material del problema. Ocupémosnos de la gravitación universal.

R. VILLAVICENCIO.

(*Continuará.*)

EL PREMIO GORDO

Allá en tiempo de Godoy, el caudal de los Torres nobles de Fuencar se contaba entre los más saneados y poderosos de la monarquía española. Fueron mermando sus rentas las vicisitudes políticas y otros contratiempos, y acabó de desbaratarlas la conducta del último marqués de Torresnobles, calaverón despilfarrado que dió mucho que hablar en la corte cuando Narváez era mozo. Próximo ya á los sesenta años, el marqués de Torres-nobles adoptó la resolución de retirarse á su hacienda de Fuencar, única propiedad que no tenía hipotecada. Allí se dedicó exclusivamente á cuidar de su cuerpo, no menos arruinado que su casa; y como Fuencar le producía lo bastante para gozar de un mediano desahogo, organizó su servicio de modo que ninguna comodidad le faltase. Tuvo un capellán que amén de decirle la misa los domingos y fiestas de guardar, le hacía la partida de brisca, burro y dosillo (tales sencilleses divertían mucho al ex-conquistador), y le leía y comentaba los periódicos políticos más reaccionarios; un mayordomo ó capataz que cobraba á toca-teja y dirigía hábilmente las faenas agrícolas; un cochero obeso y flemático que gobernaba solemnemente las dos mulas de la carretela; un ama de llaves silenciosa, solícita, no tan moza que tentase ni tan vieja que diese asco; un ayuda de cámara traído de Madrid, resto y reliquia de la mala vida pasada, convertido ahora á la buena como su amo, y discreto y puntual ahora y antes; y por último, una cocinera limpia como el oro, con primorosas manos para todos los guisos de aquella antigua cocina nacional, que satisfacía el estómago sin irritarlo y lisonjeaba el paladar sin pervertirlo. Con ruedas tan excelentes, la casa del marqués funcionaba como un reloj bien arreglado, y el señor se regocijaba cada vez más de haber salido del golfo de Madrid á tomar puerto y carenarse en Fuencar. Su salud se restablecía; el sueño, la digestión y demás funciones necesarias al bienestar de esta pobre túnica perecedera que sirve de cárcel al espíritu, se regularizaban, y en pocos meses el marqués de Torres-nobles echó carnes sin perder agilidad, enderezó algo el espinazo, y su sano aliento indicó que ya la feroz gastralgia no le roía el estómago.

Si el marqués vivía bien, no lo pasaban mal tampoco sus servidores. Para que no le dejasen les pagaba mejores soldadas que nadie en la provincia, y además los obsequiaba á veces con regalos y mimos. Así andaban ellos de contentos: poco trabajo, y ese, metódico é invariable; salario crecido, y de cuando en cuando, sorpresitas del dadivoso marqués.

El mes de Diciembre del año antepasado, hizo más frío de lo justo, y la dehesa y término de Fuencar se envolvieron en un manto de nieve como de una cuarta de grueso. Huyendo de la soledad de su gran despacho, bajó el marqués de noche á la cocina del cortijo, y buscando, por instinto de sociabilidad invencible, la compañía del hombre, se arrimó al hogar, calentó la palma de las manos castañeteando los dedos, y hasta se rió de los cuentos que con chuscada andaluza referían el capataz y el pastor, y reparó que la cocinera tenía muy buenos ojos. Entre otras conversaciones más ó menos rústicas que le divirtieron, oyó que todos sus criados proyectaban asociarse para echar un décimo á la lotería de Navidad.

Al día siguiente, muy temprano, el marqués despachaba un propio á la ciudad próxima, y anochecía cuando el bondado señor penetró en la cocina blandiendo unos papeles, y anunciando á sus domésticos, con suma benignidad, que había cumplido sus deseos tomando un billete del sorteo inmediato, billete en el cual les regalaba dos décimos, quedándose él con ocho, por tentar también la suerte. Al oír tal, hubo en la cocina una explosión de alegría, con vivas y bendiciones hiperbólicas; sólo el pastor, viejo cano, zumbón y sentencioso, meneó la cabeza, afirmando que el que echaba con señores «espantaba la suerte,» de lo cual le pesó tanto al marqués, que condenó al pastor á no llevar ni un real en los décimos consabidos.

Aquella noche el marqués no durmió tan á pierna suelta como solía desde que Fuencar le cobijaba; le desvelaron algunos pensamientos de esos que sólo mortifican á los solterones. No le había gustado pizca la avidez con que sus criados hablaban del dinero que podía caerles.—¡Esa gente—decíase el marqués—no aguardaría sino á llenar la bolsa para plantarme! ¡Y qué planes los suyos! ¡Celedonio (el cochero), habló de poner taberna... para beberse el vino sin duda! ¡Pues la pazguata de doña Rita (era el ama de

llaves), no sueña con establecer una casa de huéspedes! Digo, y lo que es Jacinto (era el ayuda de cámara), bien se calló, pero miraba con el rabo del ojo á esa Pepa (la cocinera), que, vamos, tiene su sal... Juraria que proyectan casarse. ¡Bah! (al exclamar *¡bah!* el marqués de Torres-nobles dió una vuelta en la cama y se arropó mejor, porque se le colaba el frío por la nuca); en resumidas cuentas, ¿qué me importa todo ello? El premio gordo no nos ha de caer y así... tendrán que aguardarse por las mandas que yo les deje!—Y á poco rato el buen señor roncaba.—Dos días después celebrábase el sorteo, y Jacinto, que era más listo que Cardona, se las compuso de modo que su amo tuviese que enviarle á la ciudad en busca de no sé qué provisiones ú objetos indispensables. La noche caía, nevaba á más y mejor, y Jacinto aún no había vuelto, á pesar de salir muy de madrugada.

Estaban los criados reunidos en la cocina, como siempre, cuando sintieron las opacas pisadas del caballo sobre la nieve fresca, y un hombre, en quien reconocieron á su compañero Jacinto, entró como una bomba. Estaba pálido, temblón y demudado, y con ahogada voz acertó á pronunciar:

—¡El premio gordo!!!

Hallábase á la sazón el marqués en su despacho, y, las piernas arrebujadas en tupida manta, chupaba un habano, mientras el capellán le leía la *política menuda* de *El Siglo Futuro*. De pronto, suspendiendo la lectura, ambos prestaron oído al estrépito que venía de la cocina. Parecióles al principio que los criados disputaban, pero á los diez segundos de atender se convencieron de que no eran sino voces de júbilo, tan desentonadas y delirantes, que el marqués, amostazado y teniendo por comprometida su dignidad, despachó al capellán á informarse de lo que ocurría é imponer silencio. No tardó tres minutos en regresar el enviado, y dejándose caer sobre el diván, pronunció con sofocado acento: «¡Me ahogo!» y se arrancó el alzacuello y se desgarró el chaleco por querer desabrocharlo... Corrió en su auxilio el marqués, y abanicándole el rostro con *El Siglo Futuro* logró oir brotar de sus labios una frase entrecortada:

—El premio gordo... nos ha tocaaa...ado el prem...

A despecho de sus achaques, brincó hasta la cocina el marqués con no vista ligereza, y llegando al umbral, detúvose atónito ante la extraña escena que allí se representaba. Celedonio y doña Rita bailaban no sé si el jaleo ó la cachucha, con mil zapatetas, saltando como monigotes de saúco electrizados; Jacinto, abrazado á una silla, valsaba rauda y amorosamente; Pepa hería con el rabo de un cazo la sartén, haciendo desapacible música, y el capataz, tendido en el suelo, se revolcaba, gritando ó mejor dicho aullando salvajemente: «¡Viva la Virgen!» Apenas divisaron al marqués, aquellos locos se lanzaron á él con los brazos abiertos, y sin que fuese poderoso á evitarlo lo alzaron en volandas, y cantando y danzando y echándoselo unos á otros como pelota de goma lo pasearon por toda la cocina, hasta que viéndole furioso lo dejaron en el suelo; y aún fué peor entonces, pues la cocinera Pepa, cogiéndole por el talle, quieras no quieras le arrastró en vertiginoso galop, mientras el capataz, presentándole una bota de vino, se empeñaba en que probase un trago, asegurando que el licor era exquisito, cosa que él sabía á ciencia cierta por haber trasegado á su estómago casi toda la sangre de la bota.

Así que pudo el marqués soltarse, refugióse en su habitación, con ánimo de desahogar su enojo refiriendo al capellán la osadía de sus criados y platicando acerca del premio gordo. Con gran sorpresa vió que el capellán salía envuelto en su capote y calándose el sombrero.

—¿A donde va usted, D. Calixto, hombre de Dios?—exclamó el marqués admirado.

Pues, con su licencia, D. Calixto iba á Sevilla, á ver á su familia, á darle la alegre nueva, á cobrar en persona su parte de décimo, un confite de algunos miles de duros.

—¿Y me deja usted ahora? ¿Y la misa? y...

En esto asomó por la puerta su hocico agudo el ayuda de cámara. Si el señor marqués le daba permiso, él también se marcharía á recoger lo que le tocaba. El marqués alzó la voz, diciendo que era preciso tener el diablo en el cuerpo para largarse á tales horas y con una cuarta de nieve, á lo cual respondieron unánimes D. Calixto y Jacinto que á las doce pasaba el tren por la estación próxima, que hasta ella llegarían á pié ó como pudiesen. Y ya abría el marqués la boca para pronunciar: «Jacinto se quedará, porque me hace falta á mí,» cuando á su vez se encuadró en el marco de la puerta la rubicunda faz del cochero, que sin pedir autorización y con insolente regocijo venía á despedirse de su amo, porque él se largaba ¡ea! á coger esos monises.

—¿Y las mulas?—vociferó el amo.—¿Y el coche, quién lo guiará, vamos á ver?

—Quien vuecencia disponga... ¡Como yo no he de cochear más!... —respondió el auriga volviendo la espalda y dejando paso á doña Rita, que entró no medrosa y pisando huevos como solía, sino toda despeinada, alborotadica y risueña, agitando un grueso manojo de llaves, que entregó al marqués advirtiéndole:

—Sepa vuecencia que ésta es de la despensa... ésta del ropero... ésta del...

—¡Del demonio que cargue con usted y con toda su casta, bruja del infierno! ¿Ahora quiere usted que yo saque el tocino y los garbanzos, eh? Váyase usted al...

No oyó doña Rita el final de la imprecación, porque salió pitando, y tras ella los demás interlocutores del marqués, y en pos de éstos el marqués mismo, que les siguió furioso al través de las habitaciones y estuvo á punto de alcanzarles en la cocina, sin que se atreviese á seguirles al patio por no arrostrar la glacial temperatura. A la luz de la luna que argentaba el piso nevado, el marqués les vió alejarse, delante D. Calixto, luego Celedonio y doña Rita de bracero, y por último Jacinto muy cosido á una silueta femenina que reconoció ser Pepa la cocinera... ¡Pepilla también! Tendió el marqués la vista por la cocina abandonada, y vió el fuego del hogar que iba apagándose, y oyó una especie de ronquido animal... Al pié de la chimenea, muy esparrancado, el capataz dormía la mona.

A la mañana siguiente, el pastor, que no quiso «espantar la suerte,» hizo para el marqués de Torres-nobles de Fuencar unas migas y un ajo molinero, y así pudo este noble señor comer caliente el primer día que se despertó millonario.

. . . . . .

CUSTODIA DE LA SANTA CAPILLA (*Fotografía de Lesmann*)

INDIAS DE MATURIN (*De fotografía de Lessmann*)

Me parece excusado describir la suntuosa instalación del marqués en Madrid; lo que sí no debe omitirse es que tomó un cocinero cuyos guisos eran otros tantos poemas gastronómicos. Se sospecha que los primores de tan excelso artista, saboreados con excesiva deleitación por el marqués, le produjeron la enfermedad que le llevó á la tumba. No obstante, yo creo que el susto y caída que dió cuando se desbocaron sus magníficos caballos ingleses, fué la verdadera causa de su fallecimiento, ocurrido á poco de habitar el palacio que amuebló en la calle de Alcalá.

Abierto el testamento del marqués, se vió que dejaba por heredero al pastor de Fuencar.

EMILIA PARDO BAZÁN

¿Quien mandó las primeras Flores de Mayo de Caracas á Inglaterra?

En nuestro artículo sobre la Flor de Mayo (Número 11 de este periódico) dijimos, á modo de conjetura, por no tener informes precisos, que Mr. Moss recibiera probablemente sus plantas de Mr. Ward en Caracas. Hoy tenemos el placer de aclarar este punto; pues la Señorita Isabel S. Alderson ha tenido la amabilidad de informarnos que fue ella quien las remitió á dicho caballero, cuya esposa, que dibujaba y pintaba primorosamente, hizo un retrato en colores del primer ejemplar que floreció en los entonces célebres invernaderos de Otterspool. Este dato es tanto más interesante, cuanto que así queda colocado, en la historia de esta joya de nuestras selvas, al lado del nombre de la señora á la que fue dedicada por la ciencia, el de otra dama distinguidísima de nuestra sociedad caraqueña.

A. ERNST

COLORACION ARTIFICIAL DE LOS CLAVELES BLANCOS

(Traducido de *La Nature* para EL COJO ILUSTRADO)

La gran novedad en París son los *claveles verdes* que se encuentran de venta casa de las grandes floristas á la moda.

Se obtiene la coloración de estas flores haciendo subir por absorción, por los vasos capilares del tallo, anilina disuelta en agua.

Basta tomar verde de anilina, conocido vulgarmente bajo el nombre de verde malaquita, se disuelve una pequeña cantidad en agua que inmediatamente toma una coloración muy subida. Se meten en el baño, de tintura así preparado, los tallos de los claveles á los cuales se le habrán hecho de antemano algunas incisiones para facilitar la absorción del líquido y á las doce horas principian á colorearse de verde los primeros pétalos blancos y á las 48 horas la flor estará completamente verde.

El señor Ch. Girard, el sabio director del Laboratorio Municipal de química ha estudiado y hecho público, la manera de producir esta nueva especie de claveles que tan repentinamente han aparecido en el mercado. La industria se apoderó inmediatamente de esta novedad y hoy se coloran en verde no solamente los claveles, pero también los nardos y probablemente las *azucenas* (nota del T.)

Así mismo puede obtenerse la coloración *azul*, empleando para el baño una disolución de azul de *metilena*, y la *nacarada*, con una disolución acuosa de *cosina*.

Una vez obtenida la coloración de la flor, se retira del baño de tintura, se lava el tallo en agua clara y se hace de ella el uso de cualquiera obra de coloración natural.

***

Cerveza.—Su consumo en Alemania.— El *Cosmos* ha suscitado una muy curiosa cuestión, la de la influencia que ejerce, desde el punto de vista intelectual, el fuerte consumo de la cerveza en Alemania. El grande uso que se hace de esta bebida será favorable ó desfavorable al desarrollo de la inteligencia? He aquí la contestación á esta pregunta: Los alemanes consumieron el año último 5,200.000,000 de litros de cerveza, cifra respetable que representa un río de mediana extensión, que corriendo día y noche proporciona 593 metros cúbicos por hora ó sean 165 litros por segundo, lo que hace 105 litros por persona, mujeres y niños inclusives; debe pues suponerse que algunos representantes del sexo fuerte se dedican á absorber la parte de aquellos cuya edad, salud ó sexo se oponen á la excesiva bebida.

Piensan algunos que esta inmensa absorción de cerveza debe embotar la inteligencia; que se desengañen. Ninguna razón tenemos desgraciadamente para creer que los grandes bebedores de cerveza, tengan la inteligencia menos aguzada que las demás personas; M. de Bismarck, para no citar mucho, nos ha probado claramente lo contrario. Aún diremos más: es preciso reconocer que la cerveza es uno de los elementos del poder de Alemania; he aquí por qué:

Todo este líquido no se consume por las familias sino en muy pequeña parte; la mayor parte se bebe en la cervecería, adonde va todo el mundo y donde pasan los alemanes largas horas con un bock por delante que renuevan sin cesar, y allí es donde cambian sus ideas y aprenden á conocerse. Los alemanes tienen, como es bien sabido el genio de la asociación; uuna vez que se encuentran tres juntos, como dice un refrán célebre, forman inmediatamente cuatro asociaciones distintas. Y es en la cervecería donde se constituyen estos grupos que dan extraordinario empuje á las ideas que representan.

En todo, sin embargo, se necesita medida, y es de temerse que los alemanes no se hallan á punto todavía de extralimitarse con la cerveza. El consumo de este año, con relación al del año pasado representa un aumento de 9 por 100.

***

Pensamientos y máximas.—Emprendo mi camino con el aliento que inspira el amor á la verdad; cuando mis fuerzas se acaben me sentaré tranquilo, aguardando que otro que las tenga mayores dé cumplida cima á tan importante tarea.—*Bálmes.*

Noche y día me atormenta la idea en que están mis enemigos de que mis servicios á la Libertad son dirigidos por la ambición.—*Bolívar.*

Hacer el bien es mucho más meritorio á los ojos de Dios que predicarle.—*El Abate Gabriel.*

Bien aventurado el hombre á quien la mujer le dice «no quiero» porque ese al menos oye la verdad.—*Larra.*

UNA NEGRITA *de pata en el suelo*

De fotografía de Lessmann

UNO! DOS!! TRES!!!

BESOS Á LOS 7, 17 Y 70 AÑOS

EL BESO

¿Qué hay en un beso? Cuando se medita y se examina con calma el asunto ¿qué puede haber de alarmante en un beso? ¿qué es el beso? los labios se contraen, acarician suavemente una mejilla, se separan luego, y..... ya está!

He aquí lo que es el beso considerado en abstracto!

En abstracto! tómesele tal cual es, considéresele filosóficamente ¿qué más hay en él?

Millares de millares de personas han sido hechas felices por cuestión de un beso, al paso que millares de millares se han sentido desgraciados y han rodado, por causa de él, á los profundos abismos de la desesperación; y sin embargo si se entra á examinar con calma el hecho es pura y simplemente la contracción de unos labios, un casi ruido y..... *voilá!*

En todos los grados de la humanidad hay besuqueo. Váyase por do quiera, al país que quisiéreis, de seguro que se tropezará con el beso! Existe por tanto, en él, y á pesar de los pesares, una virtud misteriosa. *Cockton.*

Ya lo creo, compadre Cockton, y si nó, oiga, escuche y tiemble!

"El beso electriza, enciende la sangre "y hace latir el corazón que ni tambor de "parada. Hace centellear los ojos que ni "estrellas en noche clara y fría. Es algo "que no puede olvidarse. No hay idioma "que lo traduzca ni frases que lo expresen, "y además ¿qué hay en la naturaleza que "iguale su aroma vaporoso? ¡qué espiritual es! no es tangible y por tanto no "puede comerse.

"Es insaciable pues que el paladar no lo "saborea.

"Es invisible, incorpóreo. No es potable, ni transferible. No es sustancia, ni "es líquido, ni es vapor. No tiene color "ni forma: la imaginación apenas puede "concebirlo. No se puede ni imitar ni "falsificar. No está confiado á ningún "país, ni es especial de ningún clima, es "universal.

"Una vez completado deja de ser, pero "se reproduce instantáneamente y por tanto es inmortal. Es tan viejo como la "creación y sinembargo es tan joven y tan "nuevo como el primer día. Prevalece en "la naturaleza toda. La brisa al pasar "besa la rosa, y la vid descolgada se inclina y ocultando en sus antenas el rubor "que la invade, besa al riachuelo que alza "sus pequeñas olas como labios ansiosos "de recibir la esperada caricia. No lo dudéis, Eva lo aprendió en el Paraíso y hay "en él algo de tan trascendental que fué "sin duda el Angel que lo creó, quien le "enseñó su virtud y su variada belleza.

"Como se adapta á todas las circunstancias! El beso de la bienvenida, el de la "despedida; el beso largo, lánguido, prolongado, apasionado, omnipresente; el "robado y el mútuo; el beso amoroso, el "beso de alegría, de dolor, de aflicción; "el sello de la promesa, el recibo del cumplimiento. ¿Es acaso pues extraño que "la mujer cuya armadura consiste en besos, sonrisas, suspiros y lágrimas, sea "invencible?—*Haliburton.*

La virtud es la verdadera nobleza del hombre de bien.—*San Ambrosio.*

La belleza de la noche consiste en el velo que la cubre: lo más hermoso de una muger es el pudor.—*Anónimo.*

El encanto de la noche consiste en su misterio; el de la mujer en su recato.—*Anónimo.*

El que recibe un servicio debe conservarlo en la memoria: el que lo hace debe olvidarlo.—*Séneca.*

La rutina es la regla de los necios.—*Guyard.*

LA CONFESION

Traducido expresamente para EL COJO ILUSTRADO

—

El abate Renand estaba sentado en su confesonario hacía dos horas. Había oído la larga lista de pecados graves y de pecadillos ligeros, que enumeraban de rodillas, los penitentes y las penitentes de la parroquia de un viejo sacerdote de provincia.

El abate se encontraba solo, al fin, y meditaba antes de abandonar su estrecha garita.

La noche se acercaba, una noche del mes de marzo, cuyas tinieblas invadían la pequeña iglesia de las mínimas, bien conocida de los habitantes de Clemont, al fondo de la plaza de Daude, á la derecha de la calle que conduce á Royat.

Un silencio sepulcral, apenas interrumpido por el rodar de una silla ó de una voz apagada, reinaba en la iglesia, y aunque el abate Renand era un servidor de Dios—en todo el significado de este término—y por tanto de una exactitud escrupulosa en el cumplimiento de todos sus deberes, no pudo reprimir un movimiento de contrariedad cuando se sintió distraído de su meditación por los pasos de una persona que se acercaba y que al fin se detuvo cerca del confesonario. Alguien acababa de arrodillarse y de llamar discretamente á la regilla tras la cual una planchita movible hacía de postigo.

Por este simple indicio y por el crugir de la tela el Sacerdote reconoció que era mujer la que se había arrodillado; tuvo por un segundo la visión de su comedor donde su modesta cena lo esperaba al sonar las seis, la mirada de Ana, su ama de llaves, impaciente y regañona por el retardo de su amo; pero se reprochó en seguida esta ráfaga de mal humor, y murmurando una oración, corrió la planchita. A pesar de la creciente oscuridad adivinó por la mirada de la penitente arrodillada á sus piés que era joven y en sus ojos que iba á oir confesión penosa y terrible.

Impresionado vivamente el anciano, se reconcentró en su ser profesional. Sucede al sacerdote lo que al verdadero médico. Uno y otro á la cabecera del enfermo de cuerpo ó de espíritu, anulan en sí toda idea, todo pensamiento, que no sea el de su ministerio. El abate Renand inclinó la encanecida cabeza y acercando el oído para oír mejor, la penitente, al través de la reja, pudo ver un perfil surcado de arrugas venerables, y unos ojos azules, de azul claro y fino. Su corazón latió con violencia, su respiración se hizo más corta, y murmuró la oración: «me confiieso á Dios Padre . . . »

* * *

Padre, siguió diciendo, luego que el Sacerdote le hubo dirigido algunas preguntas á las cuales apenas respondió, Padre, he venido á vos en una hora fatal de mi vida . . . estoy en vísperas de cometer un crimen . . . no me preguntéis cual, no os lo diré; pero lo cometeré; debo cometerlo . . . añadió apoyando, insistiendo sobre esta palabra: debo hacerlo. Apesar de esto, Padre mío, yo no soy mala. Ya lo véis, existe aun en mí la fe. Vengo á suplicaros, de rodillas, que me adelantéis la absolución por lo que voy hacer . . . demasiado sé que lo que os pido es por demás extraño . . . ah! si yo pudiera referir mi historia toda, comprenderíais, padre mío, mi miseria, os compadeceríais de ella . . . ah! . . . continuó diciendo, apoyando su frente contra la madera del confesonario, como incapaz de sobrellevar el dolor que la anonadaba, y el Sacerdote pudo oír los sollozos que la ahogaban.

En los treinta y más años que ejercía su ministerio había oído extrañas, muy extrañas confidencias; sinembargo quedó aterrado ante el estravío moral que revelaba la pretensión insensata de esta criatura que acudía á él, con sobra de fe en el corazón para creer, para solicitar el perdón de Dios, y la voluntad decidida de cometer un crimen, ¿que crimen? La primera idea del anciano Sacerdote fué que se trataba de algún drama de celos, y, á la vez que reconcentrando en su pensamiento los diferentes indicios que pudieran ponerlo sobre la vía, contestó:

—Hija, lo que me pedís es un imposible. Debéis saber que toda falta es tanto más grande cuanto más premeditada . . . pedid perdón á Dios, por el solo pensamiento del mal . . . decid conmigo: no nos induzcas en tentación . . . Ella lo oía hablar pero al llegar aquí el Sacerdote la vió mover la cabeza y la oyó decir:—no podré, es inútil . . . mi resolución está hecha . . . realizaré mi intento y si muero en seguida, moriré condenada . . . condenada . . . condenada . . . replicó, ah! por piedad, padre mío, dadme la absolución!

—Volved mañana, dijo el Sacerdote.

—Y si no puedo volver, es quizás mañana . . . Yo me he arrastrado hasta aquí esta noche por un último esfuerzo, para no cometer la falta sin haber pedido perdón de antemano . . . ah! continuó diciendo, estoy perdida, Dios me rechaza á su vez como los otros me han rechazado! ¿dónde hallar socorro? que sufrir Dios mío, que sufrir! . . .

El abate Renand quedó silencioso un instante. ¿Un crimen? ¿ella iba á cometer un crimen? ¿corría riesgo de morir en seguida? ¿había hecho un último esfuerzo? ¿quizás no podría volver? ¿ella se sentía rechazada por todos? Volvió á mirarla, y al través de la penumbra pudo ver la descomposición de las líneas de una cara que á pesar de su palidez y su fatiga, aparecía bella. Un algo de perfume que trascendía su vestido revelaba un dejo de elegancia.

Tuvo el abate una de esas intuiciones que acostumbran tener los grandes conocedores de las enfermedades morales. Elevó su alma á Dios, para implorar la inspiración de un remedio eficaz en la crísis que el adivinaba y dijo en voz que de pronto se hizo severa:

—Os daré la absolución cuando volvais, os lo prometo, hayáis hecho lo que hubieres hecho, pero . . . con una condición, eso sí, absoluta . . .

—¿Cual, padre mío?

—Antes de matarlo, dadle el pecho . . .

Y corrió el postigo del confesonario.

* * *

Quedó la joven temblorosa y aterrada de la perspicacia del anciano.

Lo oyó salir y pasar á la sacristía. No tuvo por un momento el temor de que él pudiera seguirla; pero á la sola idea de pasar delante de ese hombre que acababa de adivinar su secreto, una vergüenza espantosa se apoderó de ella, y envolviéndose en su capa salió apresurada y se encontró en la plaza fría y desierta que los faroles de gas alumbraban siniestramente. Se arrastraba más bien que caminaba; el Sacerdote no se había equivocado, estaba en cinta y la idea atroz del infanticidio la perseguía, incesante, hacía días.

¿Que sería de ella?

La pobre muchacha se llamaba Julieta Beile. Su novela era trivial como uno de esos hechos diversos que se leen á la tercera página de los diarios bajo la rúbrica humanitaria de «Restablézcanse los tornos».

Hija de un modesto profesor de una de las academias había pasado exámenes brillantes, y recomendada por uno de los examinadores entró como institutriz casa de una familia rica de París. ¿Cómo se dejó seducir por el joven barón de Querne, uno de los amigos de la casa? acaso lo sabía ella! Aventura horrible cuyo sólo recuerdo la hacía estremecer de disgusto. Había creído en este hombre ¿por qué ?El nada le había prometido—no le había ofrecido casarse con ella ¿para qué? no lo amaba ella acaso? Dos meses de idilio y luego el abandono inesperado, afrentoso, inexplicable.

Yo no os amo más, no es mi culpa . . .

Quedó como muerta por este monstruoso egoísmo. Luego un día sintió que era madre. Ni por un minuto tuvo la idea de volver donde su seductor. Era demasiado orgullosa para esponerse á las dudas de ese hombre que habría creido ver en ello una tentativa de esplotación.

Días y más días de angustia habían pasado Mientras pudo ocultó su estado á los padres de las dos niñas cuya educación le estaba encomendada. Pretextó luego un caso de enfermedad en su familia, se alejó de París y vino á refugiarse en Clemont, en una fonda, bajo un nombre supuesto. Engañaba á su padre haciéndole llegar cartas como escritas de París, por medio de una amiga que allí tenía. Obtenía por otro lado prolongación de estadía de la madre de sus discípulas, excelente mujer que mucho la quería.

El término de esta agonía se aproximaba. Julieta así lo comprendió por los dolores que se apoderaron de ella á la salida de la iglesia. Un esfuerzo más y este drama siniestro tendría su desenlace en la soledad de un cuarto de posada . . . Llevaría consigo el cadáver del niño que olvidaría luego en el compartimiento de un wagón de caminos de hierro—¿quién había de adivinar su huella? Su honor quedaría en salvo, y . . . podría intentar rehacer su vida.

* * *

Había anochecido por completo cuando se encontró de nuevo en su posada. Los primeros síntomas del parto se hicieron sentir. Se acostó presa de angustiosa espectativa, oía, afuera en los corredores el movimiento de los que iban y venían, conversaciones, cuchicheos, risas. Alguien trató de entrar en su cuarto; un pasajero que se equivocaba de puerta y que juró impaciente al reconocer su error. Ella había corrido el cerrojo y arrimado el baúl contra la puerta.

Los dolores la destrozaban, á veces tan crueles que, para no gritar mordía su almohada, persuadida de que iba á morir y casi deseándolo; á pesar de sus torturas, continuaba la actividad de su pensamiento y con la agitación de la fiebre, sus ideas iban, venían, se cruzaban en su cerebro. Que miseria había sido su vida, ella recordaba su infancia, la pobreza de los suyos; la indigencia mal disimulada de una familia de universitarios en la cual seis niños no alcanzaban jamás á satisfacer su hambre y en la que se recibe la educación de una señorita, en vez de ser una campesina feliz ó una modesta obrera. Había con todo, trabajado, alcanzado sus diplomas; su padre le había ponderado tanto ese porvenir de institutriz independiente! Y se veía de nuevo entrando en la casa donde debía tropezarse con Mr. de Querne. Que de humillaciones soportadas, á pesar de la bondadosa benevolencia de sus dueños. Que de involuntarios é irresistibles sentimientos germinaban en ella cuando se comparaba á jóvenes de su edad que de visita en la casa, subían á veces al cuarto de estudio, allá en lo alto, para acariciar de paso á sus pequeñas discípulas!

¿Es que existe realmente en la riqueza una potencia que desmoraliza? Le parecía recordar que el ambiente perfumado que esas mujeres sacudían á su alrededor había trastornado su pobre cabeza. La había lisonjeado aquello de ser amada, al igual de una de ellas, por un joven cuyo éxito adivinaba ella en mil de esos pequeños indicios que no engañan la imaginación de una mujer. Oh!, para qué, si la criatura que iba á nacer era niña, esponerla á esa misma vida, á una peor quizás! y si era varón ¿para qué condenarlo á otras miserias, al igual por ejemplo del mayor de sus hermanos? que cursando en la Universidad desde los 17 años, no había podido alcanzar su grado y se embrutecía, pobre repetidor de estudios, arrastrando su existencia de su trabajo á las mesas de un café de una pequeña ciudad de provincia? Nó, para los desgraciados que no tienen fortuna, valdría más no haber nacido, ó morir en seguida. Un crimen! Arrancar una criatura á la fatalidad de semejante vida ¿sería acaso un crimen? Nó, mil veces nó . . .

* * *

Y se retorcía, razonando en medio de su desfallecimiento que le causaba desmayos como si su alma la fuera á abandonar. Al fin su sufrimiento llegó á tal punto que todo se confundió en su pobre cabeza y . . . nació la criatura . . . Allí estaba, cerca de ella, había al fin recuperado el sentido pasada la suprema tortura. La sentía cerca de ella, viva, palpitante, y no se atrevía á estender las manos para cogerla. El horrible propósito asediaba su mente. Lo mejor sería, sinembargo, agarrarla de seguida, taparle la respiración, ahogarla con sus manos . . . Se encontraba sin fuerzas. Algo había nacido en ella que le causaba inmenso desaliento. Se sentía presa de fatiga desmesurada que hacía refluir á su cerebro, empresas atropelladas todas, todas sus tristes ideas.

¿Cuanto tiempo quedó así? Nunca lo supo. El silencio reinaba en la posada. Un vagido la despertó del letargo desesperado en que se sentía hundida. «Es necesario proceder» se dijo. Extremecida tomó la criatura, sus dedos temblorosos se pasearon sobre el cuerpecito. Quiso verlo. Encendió penosamente su bujía y miró . . . Era una niña. La inocente criatura movía sus miembros, arrugaba sus párpados, acentuaba sus pequeños labios. Julieta recordó la orden del Sacerdote. Aplicó contra su pecho esa boquita que principió á mamar ávidamente, y á medida que sentía por entre suave presión, desprenderse de su seno las gotas de leche, las lágrimas inundaron los ojos de la madre, que estrechando la criatura apasionadamente, y cubriéndola de besos en medio de sus sollozos, repetía como enloquecida.

Hija mía! hija mía!

Y en vez de ahogar la mezquina y miserable criatura, comenzó á arrullarla amorosamente.

El hombre no debe aguardar para casarse á que sus cabellos encanezcan, á que sus piernas se debiliten y á que su corazón haya agotado las más dulces ilusiones en el mar tormentoso de la experiencia. El casamiento no requiere solamente amor sino también juventud.—*Calonne.*

Dios ha santificado en MARÍA á todas las mujeres: á las vírgenes porque ella fue virgen; á las esposas porque ella fue esposa: á las viudas porque ella fue viuda: á los hijos porque ella fue hija: á las madres porque ella fue madre.—*Donoso Cortés.*

¿Quieres que tu marido permanezca siempre á tu lado? Haz de modo que no encuentre en otra parte tantas gracias, modestia, dulzura y terneza. —*Pitágoras.*

PERU — VISTA DE CHORRILLOS

UN AUTOGRAFO DE HUMBOLDT

Pensaba cierto librero alemán publicar una colección de facsímiles de autógrafos de poetas y escritores célebres, y al efecto solicitó la cooperación de cuantos creía dignos de entrar en esta especie de panteón literario. Habiéndose dirigido también á L. Uhland, éste le remitió un cuarteto entre jocoso y satírico, con el epígrafe *Ex ungue leonem*, del cual recordamos los dos últimos versos:

Doch statt die Klau' euch zu begucken,
Les't lieber was wir liessen drucken !

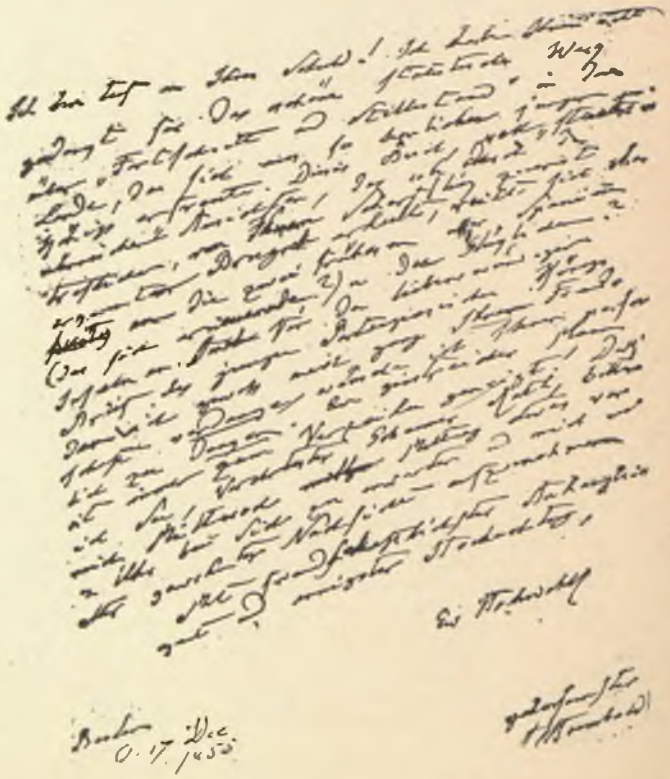
("Pero en vez de mirar nuestros garabatos, leed más bien lo que hicimos imprimir.")

Cabal! Sin embargo, opinamos que los autógrafos de hombres célebres son de mucho interés, siendo en cierto sentido partes de ellos mismos; y aún la reproducción exacta de tales papeles es cosa muy aceptable, sin que por eso nos pongamos del lado de los llamados grafólogos y de sus especulaciones generalmente bastante disparatadas. ¿Quién pudiera adivinar, por ejemplo, que la letrica menuda, confusa y casi ilegible del autógrafo que hoy publicamos, sea la de un hombre que abarcaba en su cerebro la ciencia toda del Universo, y sabía exponerla, con claridad admirable y encadenamiento maestrísimo, en obras para siempre clásicas, tanto por su estilo como por su contenido, ricos veneros de oro puro, sin mezcla de ganga estéril?

Debemos observar sin embargo que la carta reproducida la escribió Humboldt, cuando octogenario no distaba sino pocos años de su muerte. Como se ve, usaba el alfabeto romano. La oblicuidad ascendente de sus renglones, que se nota en todos sus autógrafos, lo esplicó Humboldt mismo por la costumbre adquirida en sus viajes, de anotar sus observaciones, al recorrer selvas y montañas, puesto el papel sobre la rodilla derecha.

He aquí la transcripción del autógrafo en letra de molde:

"*Ich bin tief in Ihrer Schuld! Ich habe Ihnen noch nicht gedankt für das schöne statistische Werk über "Fortschritt und Stillestand" in dem Lande, das sich eines so herrlichen jungen Königs erfreut. Dieses Buch voll "staatsmän nischer" Ansichten, das ich durch den trefflichen von Ihrem Scharfblick zuerst erkannten Brugsch erhielt, reiht sich ebenbürtig an die zwei früheren über Spanien (dem sich erneuernden? und die Glücklichen? Inseln. Auch für den liebenswürdigen Brief des jungen Portugiesischen Königs, den ich gewiss auch ganz* IHRER *Freundschaft*



VERDANKE, *wünsche ich Ihnen persönlich zu* DANKEN. *Ein geistreicher Mann ist immer zum Verzeihen geneigt! Darf ich Sie, verehrter Geheimer Rath, bitten mich Mittwoch Mittag etwas vor 2 Uhr bei Sich zu erwarten und mit alter gewohnter Nachsicht aufzunehmen.*

Mit freundschaftlichster Anhänglichkeit und innigster Hochachtung Ew. Hochwohlgeboren gehorsamster A. v. Humboldt.—Berlin d. 17 Dec. 1855.

La dirección en el sobre (que no reproducimos, aunque es también de puño y letra de Humboldt) dice: "*Sr. Hochwohlgeboren dem Herrn Geheimen Rath Freiherrn von Minutoli, Ritter hoher Orden etc. Leipziger Str. 41.*"

Agregamos la traducción de la carta, para mejor entendimiento de las pocas notas adicionales que creemos necesarias.

«Tengo una gran deuda con Ud. No le he dado aún las gracias por el hermoso libro estadístico sobre «Progreso y Paralización» en el país que tiene la dicha de tener un joven rey de tan excelentes cualidades. Esta obra, llena de ciencia política y que recibí por conducto del señor Brugsch, cuyo talento tuvo Ud. el primero la penetración de reconocer, corresponde dignamente á las dos anteriores sobre España [la que está en vía de regeneración?] y las Islas Afortunadas [?]. Deseo además darle personalmente las gracias por la amable carta del joven rey de Portugal, la cual debo sin duda también á la amistad de Ud. Un hombre de espíritu está siempre dispuesto á perdonar! ¿Puedo yo suplicarle, muy estimado señor Consejero, que me espere en su casa miércoles en la tarde poco antes de las dos, y que me reciba con la antigua indulgencia de siempre?

«Con las protestas de mi amistosa adhesión y verdadero aprecio soy de V. E. muy obediente servidor, A. v. HUMBOLDT.»

"A S. E. el señor Consejero Intimo Barón de Minutoli. Caballero de varias órdenes distinguidas. Calle de Leipzig, número 41."

Julio de Minutoli, de una distinguida familia saboyana, á quien está dirigida la carta, estuvo largos años en el servicio diplomático de Prusia. Era hombre de vastos conocimientos, que ha escrito varias obras de mérito, entre las cuales Humboldt alude á tres, á saber: El Portugal y sus Colonias en el año de 1854; Cosas viejas y Cosas nuevas de España; la tercera sobre las Islas Afortunadas (las Canarias) no la conocemos, y por eso no podemos dar su título; recordamos sin embargo haber visto en 1855, en los salones de la Sociedad Geográfica de Berlín, un gran mapa en relieve del Pico de Tenerife, hecho por Minutoli.

Parece que Humboldt no creía mucho en la «regeneración» de España, ni en lo «afortunado» de las Canarias, como lo indican los puntos de interrogación que puso en la carta detrás de los nombres de ambos países.

El «joven rey de Portugal» era D. Pedro V, quien ascendió al trono en 1855.

El señor Brugsch, finalmente, es aún hoy uno de los primeros egiptólogos y autor de varias obras importantísimas relativas á la historia y las antigüedades del valle del Nilo. Oriundo de una familia en posición humilde [su padre era sargento de caballería], escribió ya antes de tener 20 años la primera gramática demótica, y Minutoli, quien supo desde luego apreciar el talento del joven, le recomendó á Federico Guillermo IV, entonces rey de Prusia, el cual tomó á Brugsch bajo su protección y le facilitó los medios para seguir sus estudios.

Minutoli regaló este autógrafo al señor R. T. C. Middleton, á quien había conocido en Madrid cuando estaba Encargado de Negocios de Prusia en la Corte de España, y acompañó el envío de la esquela siguiente: *Voilà, mon cher ami, la petite lettre du Baron de Humboldt, que je vous avais promise. Tout à vous, v. Minutoli. Berlin 17/12 55.*» El señor Middleton lo presentó, hace poco, á la señora Margarita Stürup, quien lo guarda en la rica colección de objetos interesantes que ha formado con solícito esmero y gusto escogido, y á cuya bondad debemos el permiso de publicarlo, á excitación de aquel distinguido caballero inglés.

A. ERNST.

Junio 13 de 1892

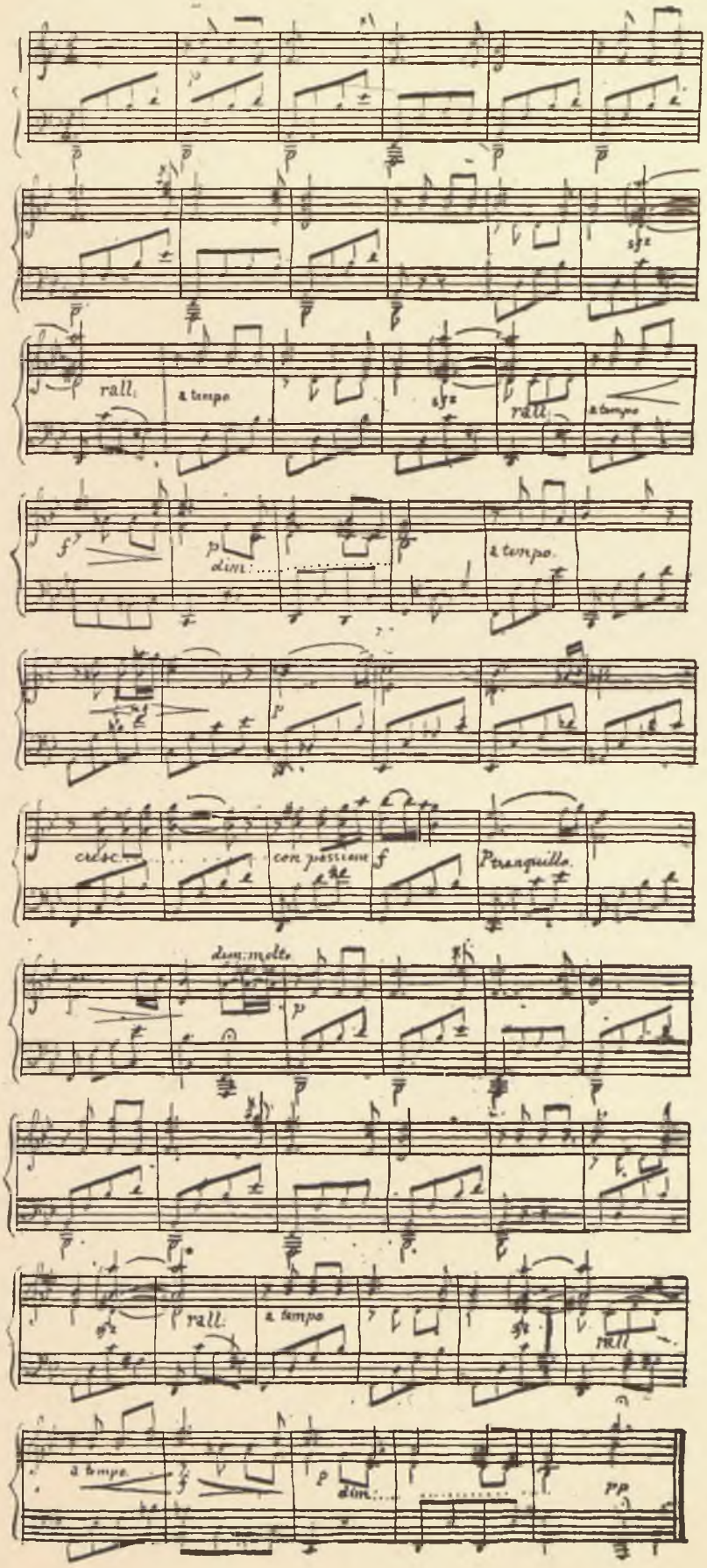
A MI TIO EDUARDO CALCANO

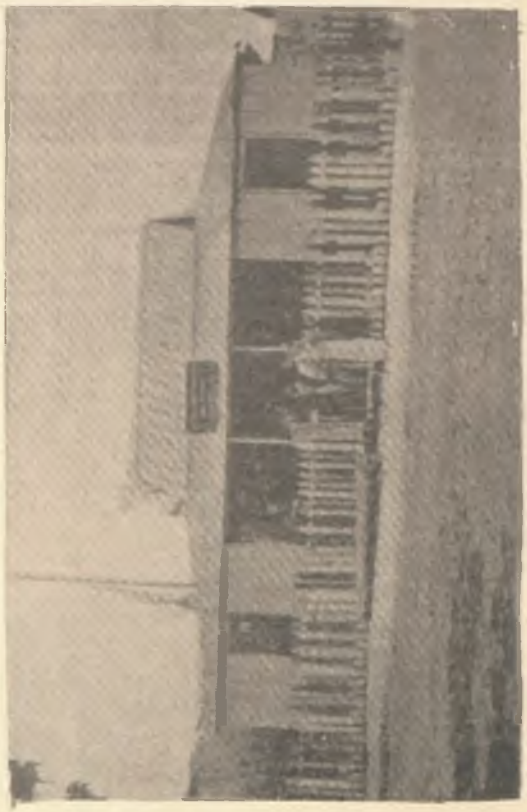
REMINISCENCIAS

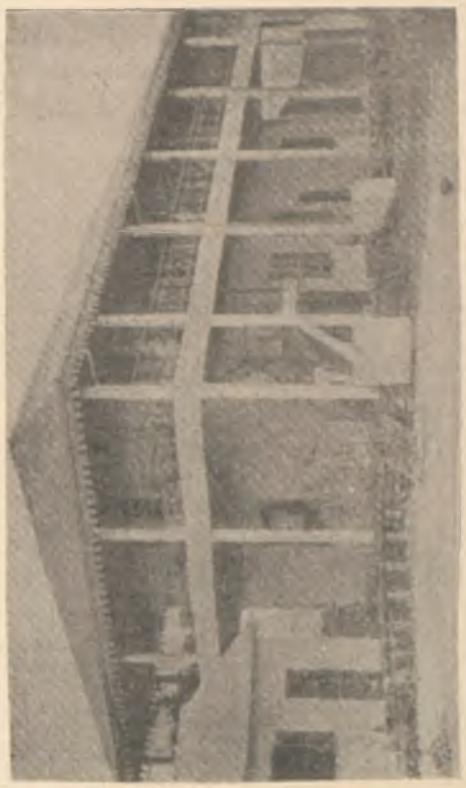
¡Cómo se llora sonriendo!
¡Cómo se habla sollozando!
¡Cómo se vive muriendo
Y se muere recordando!

M. M. FLORES

ROMANZA PARA PIANO por EMILIO CALCAÑO







TUCUMAN — Iglesia del Tabernáculo — Casa Bolívar — Calle Principal

EL MERCADO DE MARACAIBO

LOS POR QUÉ
DE LA SEÑORITA SUSANA

POR

EMILE DESBEAUX

—

Continuación

Por eso á la hora de comer empezó por no probar la sopa.

Lo mismo sucedió con las entradas, con el asado y con las legumbres, no tocando tampoco los entremeses.

—¿Qué tienes, hija? le preguntó su abuelo. Apuesto que hoy también has tomado golosinas.

—Y algo más de lo justo, dijo la mamá enfadada.

—Mamá, no lo haré más, dijo Susanita; pero hoy no puedo comer: tengo algo en el corazón.

—¿De veras? dijo Pablo mirando á su hermanita. ¿Y dónde tienes el corazón, muchacha?

—Aquí, respondió Susanita poniéndose la mano en el estómago.

—Me alegro mucho, dijo Pablo riendo, de saber que tienes el corazón en semejante sitio. Es un caso raro. Y añadió:

—En lo sucesivo no te preguntaré nada; si yo te rogara que me dijeses donde tienes la punta de la nariz, capaz serías de señalarme la barba ó las orejas.

—¡Bah! ¿te quieres burlar de mí?

—No me burlo, ¿pero es posible que una señorita como tú ignore aún donde tiene el corazón? ¿No has sentido nunca sus latidos?

—Ahora mismo los siento, dijo Susanita. Late aquí.

Y al decir esto se llevaba la mano al costado izquierdo.

—Muy bien, dijo Pablo: ¿pero en qué consiste que latiendo ahí te duele más abajo?

La niña, que reflexionaba siempre con formalidad sobre lo que le decían, respondió después de algunos instantes.

—Es verdad: quiere decir que lo que tengo mal es el estomago. No lo que tengo, sino lo que tenía mal, agregó enmendándose.

—Eso es lo cierto, y no debes usar unas palabras por otras como hacen las chicas ignorantes.

—Tienes razón. Cuando me duele un pie no digo que me duele la cabeza.

Dicho esto con una seriedad que divirtió á los presentes, añadió la niña:

—¿De qué sirve el corazón?

—De casi nada, es la cosa más sencilla del mundo; sin él no vivirías.

—Pues tú me habías dicho que la sangre es lo que nos hace vivir, ¿no me has dicho eso?

—Verdad que sí; te he dicho, volviendo á nuestra comparación, que la sangre es como la cal, mediante la cual se edifica y se compone la casa. ¿Pero crees tú que la cal va y viene sola?

—¡Oh! no, exclamó la niña, como si encontrara la pregunta demasiado fácil, es un obrero el que la lleva.

—Pues bien, querida, el corazón es el obrero que trae y lleva la sangre.

—Yo creía que la sangre se hallaba en nuestro cuerpo sin necesidad de ser traída y llevada.

—¡Ah! ¿tú pensabas que ella se estaba tan tranquila como esa agua con vino que tienes en el vaso?

—Por supuesto.

—Pues es todo lo contrario: su actividad es tal, que recorre todo nuestro cuerpo en veinte y dos segundos.

—Explícame como es eso.

Pablo miró á su madre y á su abuelo, y como éstos le hicieron seña de que continuara á fin de distraer á la niña de su célebre "mal de corazón," prosiguió así:

—Tú me has visto jugar á los naipes con abuelito, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y conoces las cartas de la baraja francesa.

—Conozco todos los ases.

—Pues bien, hay un as de corazón, y debes saber que su figura es la de nuestro corazón, aproximadamente; pero con la diferencia de que el corazón es mucho más abultado, y está hueco. Imagínate una especie de globo de caucho que pudiéramos contraer á voluntad y que se hallara dividido en cuatro compartimientos: dos abajo y dos arriba.

Supongamos ahora que el compartimiento bajo de la izquierda está lleno de sangre. Al contraerse expulsa la sangre por un largo tubo que se llama arteria y que se divide en multitud de tubos cada vez más chicos, invisibles casi, los cuales penetran en todos nuestros órganos, y en nuestra carne también.

Ese gran número de pequeñas arterias permite á nuestra sangre ir y venir por todo nuestro cuerpo. Así lo nutre, así fortalece la armazón debilitada, así tapa los agujeros (hablo siempre por comparación], restaura los desperfectos y, en una palabra.....

—Compone la casa, interrumpió la niña con un tonillo de satisfacción, mostrando así que empezaba á comprender.

—Más todavía, dijo Pablo; al componer la casa, arrastra y se lleva los viejos materiales que ya no sirven.

Omito el decirte que la sangre está llena de glóbulos diminutos, semejantes á monedas imperceptibles: hay millares en cada gota. Son encarnados, y á ellos debe la sangre su coloración.

Ahora bien, la sangre restaura valiéndose de estos glóbulos, como el obrero se sirve de la cal.

Aquí pone, allí deja, y tantos reparte al circular, que al fin pierde el color rojo y toma un color negro debido á los materiales viejos recogidos á su paso.

Llega un momento en que ya se encuentra tan recargada de material antiguo, que le es preciso descargarse de él.

—¿Qué hace? preguntó la niña.

—Una cosa muy sencilla: echarlo al fuego.

—¡Qué cosas dices! exclamó Susanita.

—Te digo la verdad. Escucha bien. La sangre ennegrecida empieza por ir al compartimiento alto de la derecha; allí abre una puerta y desciende al compartimiento bajo del mismo lado.

Entonces el compartimiento se contrae y la sangre sale por otro tubo que la lleva á los pulmones.

—¿Los pulmones?

—Sí, ese es el horno donde la sangre quema sus viejos materiales.

—¿Pero tenemos fuego dentro de nosotros? interrogó la discípula de Pablo.

—No tengas cuidado y tranquilízate, respondió éste.

Eso quema sin llama y ya te hablaré de ello algún día, cuando me preguntes por qué respiramos. Por hoy te bastará con saber que la sangre espesa y negra se encuentra al llegar á los pulmones en presencia del aire que continuamente respiramos, y se convierte en bermeja y fluida.

Entonces va al compartimiento alto de la izquierda, abre una puerta y desciende al piso bajo, al mismo sitio de donde partió, del cual vuelve á salir para continuar su tarea reparadora por todo nuestro cuerpo.

—Se me figura, dijo la mamá, que esa pobrecita sangre tiene que abrir muchas puertas. ¿No tendrá portero que la ayude?

—No lo necesita, dijo Pablo, pues las puertas que abre son como las que tú conoces. No hay más que empujarlas, y ellas mismas se abren y se cierran.

—Y todo eso, gracias al corazón, dijo Susanita llevando la mano al pecho.

—¿Qué haces? preguntó el abuelo sorprendido.

—Siento los latidos de mi corazón. Estos latidos, añadió la niña vacilando; ¿no son los compartimientos que se contraen?

—¡Bravo! exclamaron á una Pablo, su madre y su abuelo.

Y el último añadió dirigiéndose á su nieto Pablo:

—Termina tu historia, examinando si la sangre de tu hermanita circula con regularidad.

—¿Y cómo lo ha de ver? dijo la niña admirada.

Pablo, por toda respuesta, le tomó el pulso á la niña; al mismo tiempo que lo hacía con la mano derecha, miraba su reloj que ya tenía en la otra mano.

—Haces como el médico, dijo la niña.

—Sí, te pulso.

—¿Para ver si mi sangre circula bien?

—Exactamente.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Tú misma nos acabas de decir que los latidos de tu corazón corresponden á sus contracciones.

—Eso he dicho.

—Pues bien, cada vez que el corazón lanza la sangre, ésta penetra en los tubos que antes he dicho. En la muñeca, esto es, en el pulso, tienes un tubito que se llama, por si quieres saberlo, arteria radial. Cuando la sangre llega á esa arteria, mis dedos que la oprimen sienten los latidos de la sangre, pues ésta quiere pasar á toda costa y empuja así mis dedos como la arteria misma. Añadiré que la palabra pulso viene del latín, y que *pulsus* quiere decir precisamente empujado.

—¿Cuántas pulsaciones? preguntó el abuelo.

—Setenta.

—Vamos, la niña está buena.

Pero Susanita miraba como quien pide más explicación y su hermano le dijo:

—Se ha hecho constar que ese número de pulsaciones prueba que el corazón late convenientemente. Cuando el pulso es más débil indica anemia; cuando está más fuerte indica fiebre.

—Por eso los médicos lo denominan la brújula, dijo el abuelo. Es un guía tan seguro como la brújula náutica, que tu padre consulta quizá en este momento.

Este recuerdo no entristeció á la familia, pues en el ministerio había noticia de que el buque esperado seguía sin novedad su derrota.

Continuará

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

de etiqueta; pero no bien el lacayo pronunció mi nombre, se levantó de su asiento y se dirigió á mí recibiéndome con la misma cordialidad y franqueza como en los días que yo iba á darle lecciones de violín en su modesta casita. No se avergonzaba absolutamente de su posición pasada, ni de los antiguos amigos que había conocido en tiempos menos afortunados.

Durante mi visita se presentó la señora de Motley acompañada de la dama en cuya casa Cecilia había estado empleada de institutriz. Tal vez esperaba humillar á Margarita revelando de este modo á sus nuevos amigos la posición anterior de la esposa de Harlowe. No conocía su carácter, pues de conocerlo se habría evitado la mortificación del fiasco que tuvo en su tentativa. Margarita no se sintió avergonzada en lo más mínimo; antes al contrario, dió muestras del más vivo agradecimiento por lo bondadosa que aquella dama había sido para con Cecilia, y agregó que ella misma había tratado de dar lecciones, pero sin ningún éxito. Y no creo que nadie la quiso ó estimó menos por esta confesión, excepto la señora de Motley, que dió otro giro á la conversación, con un mal encubierto pretexto de admirar el retrato de Margarita.

El círculo de amigos de Harlowe se iba ensanchando de día en día, y pronto los reciencasados ocuparon un puesto distinguido entre las gentes de mundo y á la moda. El nombre de Margarita era mencionado frecuentemente con elogios en los periódicos que se ocupaban de las fiestas, reuniones, bailes y asuntos sociales. Su esposo no era menos popular que ella; y no podía ser de otro modo, porque no era posible admirar á la esposa sin admirar también el carácter del marido, existiendo, como existía, una maravillosa semejanza en las buenas cualidades que los adornaban. El tiempo lo dedicaban á los placeres y diversiones, y el deseo de divertirse parecía que iba en constante aumento y que no conocía límites. Todo se volvía comidas, conciertos, bailes, teatros, reuniones, etc: siempre había algo nuevo. Cuando iban al Orfeón, se oía un murmullo general en el teatro hasta que se sentaban en su palco, precisamente como si hubiesen sido príncipes de sangre real. Margarita no podía menos de llamar la atención del público, por su belleza, su gracia y amabilidad, sus diamantes y sus elegantes vestidos.

Tomó lecciones de equitación. La naturaleza la había adaptado á este ejercicio, pues no conocía el temor y era además delgada y esbelta. Al mes de haber recibido su primera lección se presentó en un espléndido caballo con su esposo. Fué un nuevo triunfo obtenido en un terreno en el que hasta entonces la esposa de Motley había brillado en primer término. Después que se encontraron una vez á caballo en el Parque, no se volvió á ver más á Elena cabalgando en su traje de amazona. Abandonó por completo el campo á su rival. Recuerdo que Margarita me dijo que había aprendido á montar á caballo movida principalmente del deseo de acompañar á su esposo en la cacería. "Si por casualidad le aconteciera un accidente en que perdiese la vida, yo no le sobreviviría"—decía sonriéndose. Ambos aceptaron una invitación de Lord Lumberdale y su esposa para pasar un mes en sus posesiones de Barewood, y allí Margarita y su marido se ganaron la admiración de todos los que estiman en algo la destreza y el arrojo. Por mi parte sé decir que estuve con no poca ansiedad todo el tiempo que permanecieron ausentes, y que me alegré infinito cuando los ví de vuelta en Londres, sanos y salvos.

Durante su estancia en el campo hicieron muchos nuevos conocimientos y fueron penetrando más y más en los círculos del gran mundo y de la más escogida sociedad. La gente anhelaba su trato, y muchas personas solicitaban la amistad de la esposa de Motley con el único objeto de ser presentadas á los Harlowe. Por otra parte, las fiestas y reuniones que daban en su morada eran más suntuosas y en mayor escala que nunca. Y mientras Harlowe recibía á sus huéspedes y personas de viso en su magnífica casa de Kensington, su socio examinaba las cuentas del banco ó veía llenar los toneles de cerveza en el patio de la gran fábrica de Southwark.

CAPITULO IX

A MEDIDA que el tiempo pasaba, mis visitas á los esposos Harlowe se hacían más raras. La culpa era toda mía. La amistad de Margarita en nada se había alterado: tenía tanto placer en verme y hablar conmigo de música como en los días en que yo le daba lecciones de violín en Highgate, aunque con tantos amigos nuevos y rodeada de tantas distracciones yo le era menos necesario que en aquellos tiempos. Si por casualidad me veía en la calle, hacía detener su carruaje para hablarme, aunque estuviese yo vestido con mi traje de todos los días y llevase mi violín bajo el brazo. Repito que su corazón no había cambiado y conservaba todos sus generosos impulsos é inocente entusiasmo. Si algún orgullo había entre nosotros, era de mi parte, pues no podía sentirme á mis anchas en aquella morada palacial, entre sus ricos y brillantes amigos, aun cuando ella y su esposo hacían todo lo posible para que me considerase como en mi propia casa. Así es que me agradaba más ir los domingos por la noche á su antigua habitación en Highgate, tomar el té en compañía de Juana, y hablar de Margarira y de otros asuntos.

Cecilia pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Margarita, que deseaba que tanto sus hermanas como su padre viviesen con ella; pero Juana hallaba tan poco placer como yo en la compañía de gentes de tantas campanillas, y Potter por su parte creía que lo que más le convenía era vivir independiente; así es que conservaron su antigua casa donde Juana cuidaba de su padre.

Por lo demás, no había ya necesidad de que las muchachas trabajasen, pues Potter ganaba á la sazón una bonita suma de dinero. Se había verificado en él un cambio maravilloso. Su corta estancia en la morada campestre de Motley, en Fairlawn, había acabado con sus gustos é inclinaciones de bohemiano. Después de haberse visto una vez vestido de casaca y con cuello limpio, no podía admirar más la antigua chaqueta de terciopelo ni las franelas de color pardo. El que en un tiempo había satisfecho su apetito con un pedazo de carne cualquiera y un par de vasos de cerveza no muy excelente, soñaba ahora sólo con manjares exquisitos y vinos delicados. El centenar de libras esterlinas que Motley dejó en el caballete, en pago del retrato por concluir de Margarita—qué diré de paso era la mitad de la suma que Potter intentaba pedir por su trabajo—facilitó á éste presentarse en casa de su yerno Harlowe con camisas finas de hilo y una casaca exenta del sospechoso olor de bencina. Pasaba una gran parte del día en el salón de Margarita, y allí, y principalmente en la mesa, de que era frecuente parroquiano, hablaba sin cesar de bellas artes y se daba todos los aires de ser uno de los representantes de esa escuela de pintura que á decir de sus adeptos se adelanta á la época actual. Adoptó un nuevo estilo que, según mi pobre opinión, era el peor de todos los estilos que había adoptado en su inconstante carrera. Pero poseía la ventaja de que se podía trabajar sin mucha fatiga ni asiduidad, que es un factor importante en la producción de cuadros cuando se trata de un hombre haragán como Potter. El mismo se titulaba *impresionista*, según creo; y podía con tanta facilidad pintar la impresión que le causaba una puesta del sol, una neblina, un aguacero ó cosa parecida, como un pintor de cenefas dar unos cuantos brochasos. Estas producciones me parecían completamente ridículas; pero lo más cómico del asunto era oir á las personas que las admiraban y se extasiaban ante la profundidad de la idea, lo sutil del pensamiento, la idealidad inexplicable, la intensa sensibilidad y otros desatinos por el estilo. De más está decir que Potter lo creía como artículo de fe, y permanecía horas enteras ante uno de sus mamarrachos con todo el solemne aspecto de un buho; y lleno de sinceridad y candor decía en estilo campanudo, tomándolo por lo serio, las paparruchas más absurdas, que para mí no tenían ni pie ni cabeza como sus cuadros. Ideaba los marcos más extravagantes para sus malhadadas obras, saliendo algunos bastante aceptables cuando daba la orden á un fabricante entendido y hábil, pero otras veces eran simplemente grotescos. Para que el bromazo fuese completo, estos cuadros, si es que tal nombre puede aplicarse á aquellos brochazos á tajo y destajo, estos *cuadros impresionistas*, digo, se vendían á precios muy altos, y hasta había uno que se exhibía en una

celebrada galería de la calle de Bond. Puede ser que me equivoque, y que esas producciones me parecieran meros mamarrachos porque mi gusto es malo, así como la música clásica no agrada á los oídos poco educados; lo que únicamente desearía es que todas las obras de arte pudieran producirse con tanta facilidad. Es cuanto tengo que decir acerca de los cuadros de Potter.

Continuaba todavía afectando cierta excentricidad, aunque sus vestidos eran limpios y nuevos, y hasta tenía el cabello perfumado. Guardaba en su cartera de bolsillo rollos de billetes de banco, cosa tan inusitada en Potter como una camisa limpia y cabellera bien peinada. Era una delicia verle hacer ostentación de una docena de billetes de banco ante la atónita Juana, y ambos deseábamos que la boga de la escuela impresionista continuara indefinidamente.

Como ya he dicho, Cecilia pasaba la mayor parte del tiempo en la morada de Margarita. Esta y su esposo la mimaban, lo que no le convenía, pues ella era de suyo sencilla é infantil, sin la energía de Margarita ó la prudencia de Juana. Los amigos de Felipe medio le hacían la corte, lo que la hizo volverse coqueta é inconstante. Parecía como si su casamiento con Horacio se hubiera pospuesto indefinidamente. El tenía celos, y ella le atormentaba con sus coqueterías, aunque siempre se hallaba dispuesta á reconocer sus faltas y á llorar arrepentida, pidiendo que la perdonasen, de modo que las relaciones con su antiguo novio continuaban bien que mal. El era un buen muchacho, serio y trabajador, y al notar el gusto creciente por el lujo que se iba desarrollando en Cecilia, se puso á reflexionar que ésta no se contentaría ya con la modesta casa en que tendría que vivir una vez casada con él. Pero Cecilia le prometió que, después de la próxima reunión, regresaría á casa de su padre á vivir tranquila en compañía de Juana, sin volver á pensar más en fiestas, bailes y saraos. Sin embargo, después de la reunión aludida, muy brillante por cierto, se quedó donde estaba y no habló más del asunto. Horacio tuvo un día una entrevista con Potter, y discutió seriamente lo que pasaba, manifestando que sus medios no le permitirían casarse con una muchacha que había adquirido tales hábitos de lujo y tanto gusto por las diversiones.

—En ese caso, dijo Potter, ¿por qué no trata usted de mejorar de posición? ¿por qué no se afilia usted á la nueva escuela artística?

—A preguntas como éstas, Horacio respondía que si para ello tenía que pintar "mamarrachos," daba la preferencia á las tapas de las cajas de confituras. De lo cual no debemos sorprendernos, porque siendo, como era, un artista concienzudo y paciente, el buen éxito de un charlatán del calibre de Potter no podía menos de exasperarle. Los hombres como Horacio siempre tienen que hacer la marga reflexión de que, si no fueran tan escrupulosos, gozarían de mejor posición.

Juana y yo acostumbrábamos hablar de estas cosas, y por ella supe cómo se iban aumentando los gastos de los recién casados, y tuve noticias de las enormes sumas que empleaban en vestidos y diversiones.

—Allí no reinan sino despilfarro y extravagancia, me dijo un día, y no hay quien sirva de freno al otro. Felipe es tan ligero como Margarita, y su único pensamiento es buscar el modo de gastar dinero. He tratado de hacer ver á Margarita que va por muy mal camino. ¿Cómo pueden esperar que sus sirvientes sean cuidadosos y honrados, cuando ellos mismos son tan ligeros y descuidados? Ninguno de los dos conoce el valor del dinero: son como niños, y para nada piensan en el día de mañana.

—Pero eso no puede durar siempre, le dije á Juana. Si cada día se aumentan sus gastos, tarde ó temprano habrán agotado sus recursos, y entónces ¿que harán?

—Eso es precisamente lo que yo digo. Después de acostumbrados á satisfacer sus menores caprichos, hallarán muy difícil carecer de lo que ahora tienen en abundancia. Es una locura. Si ven algo que les agrada, al punto lo compran, necesítenlo ó no: cuadros, grabados, objetos de china, joyas, sedas, muebles, no importa lo que sea, aunque no tengan donde colocar las compras que incesantemente están haciendo. Y lo que más me duele, es que la mayor parte de estos desaciertos se deben á Margarita. Ella nunca fué muy cuidadosa ni económica; y Felipe, antes de casarse, no era tan derrochador como ahora.

—La verdad es que él comete un gran error al dejarla incurrir en semejantes despilfarros y extravagancias: un hombre debe poseer carácter suficiente para gobernar su casa, poner un límite á los gastos y tener sus negocios en orden.

—Cierto es, pero yo creo que un hombre enamorado es tan débil como una mujer; y Felipe ama á Margarita á tal extremo, que sería capaz de hacer hasta un imposible, si se tratase de satisfacer un deseo expresado por ella.

Nada pude replicar á esto, porque hubiera preferido verle derrochar cuanto tenía antes de que hubiese amado menos á su esposa.

Un día me encontré de manos á boca con Motley en el Puente de Waterloo, mientras regresaba del ensayo á mi habitación en la calle de Lambeth. Asiéndome del brazo me dijo:

—¿Le gusta á usted el pernil de carnero?

—Mucho que me gusta.

—Entónces entre usted en mi carruaje y véngase á comer conmigo. Las cosas buenas se han de comer en buena compañía.

—¿Su esposa no comerá con usted? le pregunté.

—No: ella no se sienta á la mesa antes de las siete ú ocho, y yo no puedo comer después de las dos de la tarde. Además, ella es demasiado delicada para soportar el olor de la cervecería de Southwark. Y señalando con el dedo una gran manzana de antiguas casas junto á la fábrica de cerveza, que se estaban derribando, agregó:

—Acabo de comprar ese lote y debo decir que he pagado un precio nada bajo. Pero necesitamos más espacio: creo que al paso que vamos, necesitaremos toda la calle dentro de pocos años.

Me alegré al oir semejantes noticias.

El carnero era delicioso, y hablamos de varias cosas; pero como Motley lo que mejor conocía eran los negocios, y como estaba orgulloso de su buen éxito, su conversación en ese particular era más interesante, porque sabía lo que tenía que decir.

—Una liberalidad prudente, es el secreto del buen éxito, dijo. Cuando otros sólo han ofrecido algunos centenares, yo he dado muchos miles, y aunque se han reído de mí, poco me importaba. No soy muy sensible en esas materias, y sé lo que me pesco. Jamás he gastado nada sin tener la seguridad de que ese dinero volvería de nuevo á mis bolsillos y con intereses. Hasta ahora no me he equivocado en mis cálculos. Eso es lo que llamo prudente liberalidad, y la liberalidad de otra clase es detestable, porque es malgastar el dinero insensatamente. Yo no conozco nada tan odioso como eso.

Nada respondí; pero la mirada penetrante de Motley vislumbró algo en mi rostro que despertó su curiosidad.

—Quisiera saber lo que piensa usted ahora, Holderness, me dijo.

—Bueno; para decir á usted la pura verdad, estaba pensando que, á juzgar por lo que he oído, la conducta de su socio debe serle á usted muy poco grata.

—En cuanto á Felipe, exclamó con sonora carcajada, eso es otra cosa. El tiene el derecho de hacer con lo suyo lo que mejor le plazca. Que ahorre ó que malgaste, en nada influye en la parte de las utilidades que me corresponden. ¿Qué tengo que decir en ese particular?

—Yo no me refería á eso; sólo creía que si estuviese en lugar de usted, me sentiría mortificado al ver como se derrocha el dinero que tanto trabajo me había costado acumular. Al mismo tiempo, le congratulo á usted por tener ideas más liberales que las mías. Confieso que en ciertos asuntos soy muy poco liberal.

—No tenga usted cuidado en ese particular, Holderness, me dijo reclinándose en la silla y mirando desvanecerse la espiral del humo de su tabaco; no tenga usted cuidado. Yo no los pierdo de vista. Felipe es un excelente muchacho. Margarita es una mujer encantadora, y yo profeso á los dos un buen afecto. El Banco es una institución sólida y la cervecería lo es también. Ahora están como embriagados de amor, pero poco á poco se irán calmando. Míreme usted: ya yo me he calmado.

Y riendo con su sonrisa habitual continuó:

—Digo que me he calmado. Usted recordará que hasta hace poco mi ambición era sobrepujar á los demás. Usted debe haberlo visto, porque usted es hombre de buen sentido, Holderness; usted debe haber visto que yo acostumbraba picar el amor propio de mi esposa para que eclipsara á Margarita. ¿Se acuerda usted? Pero yo me dejé de eso cuando ví que no había probabilidad de triunfo. Bueno: ya eso pasó. Cuando Elena supo que Felipe había comprado un palco en el teatro para su esposa, se empeñó en que yo también le comprara uno, pero no lo hice. Hija mía, le dije, no hay necesidad de que te presentes en el mismo lugar que la esposa de Felipe: si quieres oir música, puedes comprar una luneta cuando lo desees; pero un palco ya es asunto más serio. No; no puedo censurar á Felipe porque proceda con ligereza, porque á mí me ha sucedido lo mismo. Ya he recobrado mi sano juicio, y lo mismo le pasará á él dentro de poco.

Continuará

ATRACCIÓN Ó REPULSIÓN DE 2 ESFERAS DE CORCHO

Pónganse en un vaso de agua dos bolitas de corcho (pueden hacerse éstas con un tapón de botella.) Acérquese la una á la otra, de manera que la distancia sea aproximadamente un milímetro. Obsérvese que de pronto se precipita la una sobre la otra y se juntan. También se puede clavar una de las bolitas en la punta de un cuchillo. Si se aproxima la punta del cuchillo que tiene esta bolita á la otra bola, resultará que al estrecharse la distancia la atrae.

Si se untan de sebo estas bolitas, en vez de atraerse se repelen. La causa de estos fenómenos no es otra que la forma de los meniscos, que son convexos ó cóncavos, según que las bolitas se mojen ó queden preservadas del agua por la acción de la grasa.

ACERTIJO

En medio del mar estoy,
también me encuentro en la orilla,
y, sin embargo, en el mundo
nadie me ha dado cabida.

ANAGRAMA

TE ASARAS

Formar con estas letras el apellido de un célebre artista.

CHARADA

Primera y *segunda*, fruta;
segunda y *primera*, planta.
¿Dirás que pronto se acierta?
Pues vamos á ver si la hallas.

Solución de Charadas del número 11

CÁCERES — BÓVEDA — SORBETE

REEDITADO EN "FOTOCIENCIA", S.A. CARACAS

SECCION ENCICLOPEDICA

HISTORIA PATRIA

ORIGENES VENEZOLANOS

POR

ARISTIDES ROJAS

Continuación

nente en 1820 por causas en que nos ocuparémos más adelante, tuvo efecto una nueva expedición de los indios triunfantes en Maracapana y Cumaná, la cual atacó de nuevo las costas de Cubagua. Al saberlo el Alcalde mayor Antonio Flores, flaquea del ánimo y sin darse cuenta de su cobardía, contagia á la población; y casi todos resuelven huir á La Española, no obstante de tener trescientos hombres hábiles, dos carabelas, y armas y municiones en abundancia. Embarcados en las dos carabelas y en otros buques menores abandonan la capital, dejando como botín al invasor, gran cantidad de vino, de vituallas, y artículos de valor. Al divisar esto los indios que desde el mar atisbaban la ocasión, se precipitan sobre el poblado abandonado y lo saquean á su gusto. En él se holgaron, danzaron, inspirados por el licor de Baco, destrozaron cuanto pudieron, robaron lo más, y salieron. Este suceso desgraciado fué después la causa de las matanzas de Ocampo y de Castellón, con quienes regresaron los fugitivos de Cubagua, y que motivó el levantamiento de la primera fortaleza de Cumaná en 1522.

Había llegado el momento en que debía bautizarse el primer pueblo fundado en Venezuela, primera colonia comercial del continente. Por orden imperial se le puso á la ciudad el nombre de Nueva Cádiz. (1) No sabemos á punto fijo, cuál fué la población que tuvo en esta época, pero es de presumirse que pasaba de mil y quinientos habitantes, pues la solidez y abundancia de las casas indicio era de que aquélla se desarrollaba. Mandó el Emperador más tarde, en 1527, que pudieran los vecinos elegir, entre ellos, un Alcalde ordinario cada año, el cual debía conocer de los pleitos civiles y criminales, con tal de que no fuese escogido entre los oficiales reales. Proveyó á la isla de ocho Regidores que fueron: Giraldo de Viernes, Andrés Fernando, Vicente Dávila, Francisco de Portillo, Alonso de Rojas, Pedro de Alegría, Martín de Ochandiano, (éste también con el empleo de Tesorero de la isla) y Juan López de Archuleta, que fué nombrado Veedor. Dispuso también el Soberano que se quintase el producto de las perlas, en cualquier lugar del continente donde se descubrieran, *prohibiendo con grandes penas* que las oradasen. Mandó igualmente á Pedro de los Ríos, para que pusiera al Fisco en posesión de la isla de las perlas. En esta misma fecha regaló el Emperador quinientos pesos para la reedificación de la Iglesia de Nueva Cádiz que había sido quemada; dotó á la ciudad de un regimiento al mando de Pedro Ruiz de Matienza, y concedió al Capitán Jácome Castellón un Escudo de Armas que representaba la fortaleza que había levantado en las costas de Cumaná, y que tanto había contribuido al desarrollo de la población de Cubagua.

Contentos se hallaban con estas concesiones reales los moradores de la Colonia, cuando fueron de nuevo atacados y en gran número, por los piratas caribes. Feroz fué la embestida, pero sostenida y valerosa la defensa. Después de rudo combate por ambas partes, vencieron los españoles con pérdida de algunos soldados, mientras que en las huestes indígenas la mortandad fué numerosa. Salváronse, no obstante, cien indios, que embarcados en sus canoas, atacaron á los pocos días á Puerto Rico. De la consumación de este suceso, se originó la real orden por la cual se dispuso esclavizar á todos los caribes, como hombres indignos de consideración. En estos mismos días un milanés, Luis Lampugnano, hijo del conde del mismo nombre, se ofreció al Emperador como autor de un aparato que serviría para la pesca de las ostras en Cubagua, sin necesidad de buzos que fueran al fondo. Concedióle privilegio el Monarca por el término de seis años, con la condición indispensable de que apartara la tercera parte del producto en beneficio de la Corona. Pero apenas los vecinos de Cubagua, conocedores de la concesión, vieron llegar á Lampugnano, le salieron al encuentro diciéndole: "Volved casa del Emperador y decidle que si él es tan liberal para disponer de lo que no le pertenece, no tiene el derecho de disponer de las ostras que viven en el fondo de los mares." (2) Carlos V tuvo á bien anular el privilegio, alegando que la licencia concedida era con la condición de que la pesca no comprendiese los dominios de los señores de Cubagua. En virtud de esta resolución, Lampugnano no pudo pagar los enormes gastos de la expedición, y después de haber permanecido cinco años en Cubagua murió en un acceso de locura.

Mas Cubagua que había despertado hasta entonces la codicia de los conquistadores, debía también despertar la extranjera, patrocinada por los españoles. Eran los días en que debía comenzar la célebre historia de los filibusteros, que tuvieron por ley la fuerza, y por norte la rapiña. Fué á mediados de octubre de 1528 cuando se presentó en las costas de Margarita una expedición de filibusteros franceses. Consistía la escuadra aventurera en una nao grande, una carabela robada á los portugueses en el mar, y un patache, la que conducía ciento y sesenta hombres bien armados, y con los elementos de guerra necesarios. El piloto de esta pequeña escuadra era un español natural de Cartaya, llamado Pedro Ingenio, quien quiso aliarse con los franceses en contra de sus compatriotas. Las autoridades de Cubagua, sabedoras del arribo de los franceses á Margarita, se pusieron en armas y aguardaron.

Tan luego como se presentó la escuadra filibustera en las aguas de Cubagua, salieron en un bote los empleados del puerto para cerciorarse de quienes eran los nuevos huéspedes. A las primeras preguntas de los españoles contestaron los franceses, diciendo que era la nao *Sarco* que venía de Sevilla; contestación que los vendió al instante, pues la *Sarco* había llegado muchos días antes. Los franceses invitaban con bellas frases á los españoles á subir á bordo para poderlos aprisionar de esta manera; pero los castellanos, conocedores de esta treta, de que ellos se valían para coger á los indios, supieron retirarse para dar aviso oportuno á los de la ciudad. Los filibusteros simulan alejarse, mas al siguiente día aparecen en las aguas del puerto y tratan de desembarcar sus soldados; pero nada pudieron conseguir porque fueron valerosamente rechazados por los de Cubagua. Enfurecido el Capitán francés, comenzó entonces á bombardear la ciudad, la cual contestó con igual entusiasmo. Al instante ordenan las autoridades de Cubagua armar los bergantines y carabelas, que forman un total de más de treinta embarcaciones, en las que salen parte de la fuerza militar y gran número de indios armados de flechas envenenadas; arremeten con ímpetu y al grito de abordaje llegan á la carabela enemiga, que los recibió con bolas de alquitrán y abundante lluvia de balas. En la reyerta quedan fuera de combate dos españoles, y trece franceses heridos por flechas envenenadas, que espiran en medio de atroces convulsiones. Después de este ataque cesa el combate y los franceses tratan entonces de negociar por las buenas las mercancías que traían; mas nuevo incidente vino á perderlos, y fué que escapados de á bordo unos vizcainos y navarros, prisioneros de los invasores, fueron á tierra y revelaron á las autoridades que éstos eran unos ladrones consumados que tenían el proyecto de apoderarse de la isla. Esto fué lo suficiente para que con la velocidad del rayo, los españoles, levantados como un solo hombre, jurasen morir ó echar á pique los navíos extranjeros; y saliendo de nuevo en sus bergantines, arremetieron al patache, donde pudieron tomar armas y más de mil y quinientos ducados de ropa; entre muertos y prisioneros hubo treinta y cinco hombres. No pudo el francés resistir, y con su escuadra desmantelada siguió á las costas de Puerto Rico y de la Mona, donde puso en libertad la carabela portuguesa que tenía prisionera, la cual, arribando á La Española, dió noticias del suceso.

Al pronto salió de Santo Domingo una escuadrilla bien equipada, la que después de haber alcanzado á los franceses y batallado con éstos durante dos días, puso en tal estado el patache, que al huir éste en noche oscura, se hundió á consecuencia de las averías que recibiera. Así concluyó la primera de las expediciones de filibusteros extranjeros en las aguas de Venezuela. (1)

Los cronistas no están de acuerdo respecto de los pormenores de esta primera expedición. Según Herrera, los habitantes de la Nueva Cádiz entablaron relaciones amistosas con los franceses después del primer ataque, en el que éstos fueron derrotados. Deseaban que los filibusteros les vendiesen sus mercancías, y para conseguir su objeto, enviaron á bordo dos españoles de la Colonia, como rehenes, mientras que los franceses desembarcaban sus efectos y podían realizarlos; pues los de Cubagua no querían pagar el rescate que les imponían los extranjeros, y que consistía en mil marcos de perlas. No menciona Herrera á ningún español que viniera de piloto con los filibusteros, ni á ninguno que se escapara de los buques y se refugiara en Cubagua. Sucedió después que, cuando los franceses principiaron á desembarcar sus mercancías, un indio, escapado de la ciudad, se acercó al jefe de la escuadra y le dijo que los de Cubagua habían preso á los franceses que estaban en la ciudad, y que concertaban un plan para dar un ataque nocturno á la escuadra, con el objeto de echarla á pique. Este aviso fué lo suficiente para que zarpara al instante la escuadra llevándose los rehenes, y dejando á sus compañeros en tierra. Después de haber quemado á San Germán, en Puerto Rico, y robado la isla de la Mona, el jefe de los filibusteros escribió al gobierno de La Española quejándose de la conducta de los de Cubagua y amenazándole con volver sobre la isla de las perlas y sacrificar diez españoles por un francés, en el caso en que fueran maltratados sus compatriotas detenidos en la isla. La única contestación del gobierno de La Española, fue activar la persecución de los filibusteros hasta reducirlos á la impotencia.

III

Saltadores de esclavos establecidos en Maracapana—Comercio infame—Desorrollo de Nueva Cádiz—Ordenanzas reales—Terremoto de 1530—Estragos en el Golfo de Cariaco—El gada del licenciado Prado contra los bandoleros de Cubagua—Medidas tomadas por la Audiencia de la Española—Decremento de los ostiales—Desórdenes y tropelías—Nuevos ostiales en Coche y Margarita—El Monarca manda herrar á los indios caribe—Nuevos desórdenes—Decadencia de Cubagua—Triste suerte de los aborígenes—Herradura y venta de esclavos—Opiniones de los cronistas Benzoni y Las Casas—Cuadro horrible que no conoció el Dante—Desastroso fin de Nueva Cádiz—Huracán y terremoto en 1543—El cronista Castellanos—Consideraciones—El Sello de Armas de Carlos V

El triunfo de los españoles llegó á insolentar más y más á los habitantes de la nueva Cádiz y desde esta época favorecieron con todas sus fuerzas el incremento de la población, que desde años antes habían principiado á fundar en Maracapana. Componíase ésta de hombres de guerra, quienes, con el pretexto de defender los intereses de la isla de toda invasión indígena, hacían entradas en las comarcas vecinas y se robaban los indios, que conducían al acto á Cubagua, donde eran vendidos como esclavos. En verdad que tales hombres no podían considerarse sino como cazadores de carne humana. Entre los jefes de comparsa de estos desalmados, figuraba un tal Ojeda, padre, según Las Casas, del conquistador de Coquibacoa.

Tales abusos, tanta crueldad, tenían que influir en la merma y destrucción de las poblaciones indígenas que, acosadas por los castellanos, debían ó luchar y morir, ó huir para internarse en las soledades de las selvas. El monarca español, advertido de un comercio tan ilícito como inmoral, prohibió esclavizar á los indios, estableciendo penas severas para los que continuaran el tráfico. Los de Cubagua comprendieron al punto que uno de los artículos de su próspero comercio iba á desaparecer, y que desde aquel momento debía comenzar la decadencia de la Colonia. A tantas vicisitudes que venían realizándose, debía hacer corolario alguno de los grandes fenómenos de la naturaleza: las convulsiones de la tierra ó los azotes del huracán. Acabábase de construír la sólida fortaleza á orillas del río de Cumaná, cuando en la mañana del 1º de setiembre de 1530 el mar de Cariaco infla de súbito sus olas, que avanzan sobre la costa, cubren los árboles y van á perderse en lontananza. Conmuévense las costas y las islas, hiéndense las llanuras, desmorónase una porción de las colinas y los estremecimientos continúan por muchos días. A poco manan de todas las grietas aguas sulfurosas, y una de aquéllas llega á convertirse en abra. A los primeros sacudimientos desmorónase la cordillera, desaparecen muchas chozas de los indios, cunde el espanto, y el temor se apodera de los moradores de Cubagua:

> Pues en esta sazón faltando guerra
> Hubo tan gran temblor y movimiento,
> Que derribó de la vecina sierra
> Gran parte con mortal asolamiento:
> Del bárbaro vecino desta tierra
> Cercano del horrendo rompimiento
> Bramidos de las hondas fueron tantos
> Que causaron mortíferos espantos.
>
> De cuyo miedo muchos perecieron,
> Y con temor la vida despedían,
> Los que vivos quedaron ya dijeron
> La causa deste mal que padecían;
> Que fue por las maldades que hicieron
> En aquellos que mal no merecían,
> También del terremoto y aspereza
> Cayó gran parte desta fortaleza. (1)

Poco á poco, cuando pasó el fenómeno, volvió el contento á los felices castellanos que apuraban la vida en aquellas regiones y satisfacían á despecho del infeliz indígena los más desordenados apetitos de la codicia, de la lujuria y de la crueldad.

Continuará

(1) Nueva Cádiz, capital de la isla de Cubagua, etc, etc.
(2) *Benzoni*—Historia del Mondo Nuovo.

(1) *Fernández Oviedo y Valdez*—Historia general y natural de las Indias.

(1)—*Castellanos*—Elegías de varones ilustres de Indias—1 vol.

DERECHO POLITICO

POR

LUIS SANOJO (ABOGADO)

Continuación.

Mas no se crea por esto que no hayan de tener sus mutuas influencias las distintas instituciones de que venimos tratando. La industria bien dirigida y desarrollada enriquece la sociedad, y da al Estado medios de desempeñar mejor sus funciones, disminuye los delitos, avigora la moral y sirve por lo mismo á la religión. Las artes proporcionan placeres inocentes á la sociedad, desarrollan el sentimiento de lo bello, que también se hermana con lo verdadero y con lo bueno. No hay para qué decir que las ciencias prestan grande auxilio á las demás instituciones sociales. El Estado encargado de realizar el derecho, da garantías á todos reprimiendo á la que pretenda invadir la esfera de acción que no le corresponde. En sus manos está la fuerza legítima de la sociedad, y á él deben ocurrir las otras instituciones en busca de los medios coercitivos que han de mantenerlas en el goce de sus facultades y de establecer la armonía entre todas.

Epocas ha habido en que una de esas instituciones ha ejercido sobre las otras ó sobre algunas de ellas una tutela que á pesar de los inconvenientes que le son inherentes, no ha dejado de producir algunos buenos resultados. Así hemos visto á veces á la Iglesia guiar con autoridad á los gobiernos por el camino de la justicia; á los gobiernos proteger y dirigir con cierta regularidad la instrucción pública, y contribuir al desarrollo de la industria proporcionándole los medios de hacer más fáciles y fructuosos sus trabajos. Pero todo esto desnaturaliza las funciones de cada una de las esferas de la actividad humana, y por lo mismo sólo en casos muy especiales y de una manera muy limitada ha de permitirse esa, que debe llamarse invasión de una institución en los dominios de otra. Cuando tratemos de los distintos derechos del hombre, será la oportunidad de discurrir sobre este asunto de la manera más concreta.

Quedan pues, definidas las funciones del Estado; el cumplimiento de la justicia sobre la tierra. Pero no se crea que deban reducirse á actos de mera policía que repriman las invasiones de un individuo ó institución en el dominio de los derechos ó intereses legítimos de los demás. Tócale definir la justicia á la luz de los principios del derecho natural, no según los caprichos de los que gobiernan ó de los que se llaman sus comitentes. De ahí la necesidad de dar leyes que consagren los grandes principios á que hayan de ajustar su conducta los ciudadanos. De ahí el derecho de imponer penas á los que contravengan á aquellos preceptos.

Las leyes pueden ser de orden público ó de interés puramente privado. Son las primeras las que tienen por objeto asentar las bases de la sociedad, establecer la armonía entre todos los asociados, fijar la certidumbre de los actos humanos para evitar la necesidad de ocurrir á pruebas ocasionadas al error, protejer al débil contra el fuerte; y éstas deben cumplirse siu que les sea lícito á los individuos renunciarlas ó derogarlas en sus pactos y estipulaciones. Las que se refieren al interés privado de los individuos no hacen más que establecer las reglas que deben seguirse, cuando ellos hayan guardado silencio en sus actos. Pueden por lo mismo renunciarse y dejarse sin efecto en virtud de la voluntad de las personas en cuyo beneficio se hayan establecido.

Así serán leyes de órden público: las penales, porque sin ellas no se puede concebir un Estado bien organizado; las que reglamentan el matrimonio y establecen los derechos y deberes de la familia, porque la familia es el germen de la sociedad; las que anulan ciertos actos en atención á la incapacidad ó situación, siquiera sea momentánea, del individuo, porque con ello se trata de favorecer al débil, de amparar al que necesita del escudo de la sociedad. Se ha pretendido que puede también el Estado negar el auxilio de la fuerza pública para el cumplimiento de los compromisos en que esten infringidos de una manera clara y terminante los eternos principios de la justicia; puesto que sus funciones cabalmente tienen por objeto dar eficacia á esos principios. De ahí las leyes que ponen tasa al interés del dinero, y que anulan ciertas enajenaciones en que las partes no se dan un justo equivalente. Ciertamente si tuviésemos seguridad de que el legislador nunca había de desacertar en el juicio relativo á la moralidad de ciertos actos que sólo por circunstancias muy peculiares de cada caso pueden decirse contrarias á la justicia, no habría inconveniente en reconocerle tal atribución al Estado; pero como éste no puede proceder sino por medidas generales dictadas con anticipación, so pena de establecer la arbitrariedad con todas sus humillaciones y horrores, no es posible que aprecie aquellas peculiaridades, sin lo cual corre riesgo de cometer injusticias, pretendiendo evitarlas. Así es que lo más cónsono con la naturaleza de la institución del Estado es dejar aquellos actos al juicio de los interesados, porque es lo más probable que los individuos con conocimientos de las circunstancias especiales y con la acuciosidad que inspira su propio interés estimen mejor los elementos de las respectivas transacciones, que no el legislador en quien no concurren estas condiciones. Esto aparte de otros inconvenientes de que hablarémos en su lugar respectivo.

Se ha dicho que es propio de los gobiernos paternales dirigir al ciudadano en el mayor número de operaciones posibles, y que por lo mismo debe dárseles á todos esa dirección. Esta manera de discurrir es viciosa. El poder paterno es por su naturaleza arbitrario y sólo al padre puede concederse, porque en él la arbitrariedad se halla templada por el afecto mayor que se conoce entre los hombres. Por otra parte, la patria potestad es necesaria, puesto que se ejerce únicamente sobre los menores que aun no tienen suficiente inteligencia para dirigir todas sus acciones y á cuyo lado ha colocado la naturaleza el mejor director. Así, pues, cuando se pruebe que el gobierno tiene por los gobernados tanto afecto como el padre por sus hijos y que tiene más inteligencia que los ciudadanos, como el padre la tiene mayor que sus hijos menores, podremos hacer los *gobiernos paternales*. Frase esta que hasta de impía puede notarse, que impiedad es dar á otro que á un padre, un poder que sólo á este ha dado la naturaleza. Paternal se llamó el gobierno de Luis XIV y á otros por el estilo.

La justicia debe cumplirse con las formas de la justicia, esto es, con aquellas solemnidades que hagan desaparecer hasta la posibilidad de que se ha faltado á ella. Son imperfectos los medios que tiene el hombre de descubrir la verdad y no siempre hay seguridad de que se les haya empleado con el deseo sincero de conseguirlo, y por ello es necesario que se tomen todas las medidas que conduzcan al recto uso de aquellos medios.

Una de esas formas es que las leyes se apliquen únicamente á los casos que ocurran con posterioridad á su promulgación, cuando su aplicación á hechos anteriores puede quitar ó modificar derechos legítimamente adquiridos con el carácter de irrevocable. Ni vale alegar que la ley que se quiere hacer retroactiva consagra derechos naturales ó tiende á suprimir abusos malamente consentidos por el Estado. Gran peligro se corre de que abierta esta puerta, se califiquen de tales todas las leyes retroactivas que quieran dictarse, ora por el error inherente al hombre, de que no podemos creer exento al legislador; ora por el estravío de la opinión pública, que puede proclamar injustos, hechos que no lo sean; ora por las pasiones que pueden dominar en los encargados de dictar leyes. Es menester que el ciudadano sepa que puede ejecutar, con todos sus efectos los actos que la ley positiva no le prohibe. No es este el lugar de desarrollar todos los principios en punto á leyes retroactivas, bastándonos establecer aquí, que el legislador no puede quitar ni modificar derechos adquiridos con el carácter de irrevocables, cuando la ley lo permita, aunque no fuese más que con la ausencia de una prohibición expresa. Tengamos, pues, presente que es un gran principio de garantía del cual es consecuencia el de la no retroactividad de las leyes, que el ciudadano puede hacer todo lo que estas no prohiban, á diferencia de las autoridades que no pueden hacer sino lo que las leyes expresamente les permitan.

Tanto es cierto que una de las primeras condiciones de la ley es la fijeza de sus reglas, que en todas las lenguas formadas después que la filosofía ha venido á iluminar la legislación, se ha expresado su conjunto con la misma palabra con que se expresa la dirección indicada por una línea recta, ó sea una dirección siempre la misma en el espacio, *derecho* en castellano, *droit* en francés, *diritto* en italiano, *right* en inglés, *recht* en alemán, porque es la línea recta la única de suyo determinada que hay entre dos puntos dados.

Otra de las formas de la justicia es que á ningún individuo se le aplique la ley ni en lo civil ni en lo criminal sino en virtud de un juicio solemne en que se le den el tiempo y los medios necesarios para que haga valer sus derechos, haciendo ver la verdad y defendiéndose con plena y absoluta libertad.

En suma, la fuerza pública del Estado debe emplearse únicamente para hacer respetar los derechos de los individuos, sin que jamás sea lícito entrar á averiguar qué uso hacen de ellos, siempre que con él no se infrinjan los derechos de los demás. Abuse el ciudadano de sus propiedades, abuse de su libertad personal, abuse de todos sus derechos sin perjuicio de tercero, el Estado debe respetarlo.

De otro modo se abriría ancha brecha á todo género de excesos: el espionaje, las delaciones las infidelidades domésticas, este sería el resultado de la funesta doctrina que da al Estado ó al pueblo omnímodas facultades, que somete al individuo á su absoluta dirección. El ciudadano azorado tendría que ocultarse para usar de sus derechos, y la sociedad, para hacer sentir su acción, se valdría forzosamente de los medios que dejamos apuntados. No hay que deslumbrar al pueblo haciéndole omnipotente. A él le corresponden ciertamente derechos indispensables sobre el gobierno de la nación; pero siempre debe respetar la justicia y la independencia individual. Recordémosle siempre que cuando traspasa estos límites, obra como cualquier otro tirano.

No es menester decir que el Estado no puede emplear la fuerza pública para hacer respetar los derechos que hemos llamado imperfectos, puesto que es de su esencia, según lo que dejamos establecido, el estar enteramente libre de toda coacción.

CAPITULO IV

DE LA LIBERTAD DE LAS OPINIONES

Ya que hemos expuesto nociones generales sobre todos los derechos, cumple á nuestro propósito tratar de cada uno de ellos en particular, y demostrar cuales sean los que competen al hombre y merecen el respeto así de los individuos como de los gobiernos. Según la división que hemos hecho de esta obra, trataremos en el presente libro únicamente de los derechos que se apellidan individuales, dejando el tratar de los políticos, para cuando analicemos las distintas formas de gobierno y sobre todo para cuando expongamos los principios que rijen nuestro sistema.

El pensamiento humano no es libre en el sentido de que pueda el hombre decidirse por una opinión con preferencia á otra caprichosamente y sin un examen que debe ser tanto más detenido y profundo cuanto más importante es el asunto. Uno de los grandes deberes del sér racional es buscar la verdad con el mayor esmero posible, puesto que habiendo impuesto Dios leyes al pensamiento no le es lícito á la criatura desobedecerlas ó dejar de ponerlas en acción, exponiéndose al error y á causar su propio mal y el mal de sus semejantes. El pensamiento es libre en el sentido de que nadie tiene el derecho de imponer por la fuerza sus opiniones á otro. Ciertamente pecará el que por la falta de un estudio detenido abrace el error ó no llegue á la plenitud de la verdad; mas como nadie puede averiguar si en efecto el individuo ha cometido esta falta ó si su estravío proviene del defecto natural de todos los medios humanos, no es justo tampoco que se le obligue á creer lo que su inteligencia le presenta como falso. No es libre un hombre en el sentido metafísico, por ejemplo, para pensar que los tres ángulos de un triángulo forman una suma mayor ó menor de dos rectos. Tampoco lo será, en el mismo sentido, para creer que Mahoma es el profeta de Dios y que su doctrina es moral; y si juzga uno ú otro y procede á obrar con tal convicción, sin haber préviamente examinado la materia con todo el ahinco que pida el caso, cometerá sin duda una gran falta. Pero no será menor la del que se propusiese hacerle creer la verdad por la fuerza.

La tiranía más sombría y espantosa es incapaz de comprimir el pensamiento interno; en vano se someterá al individuo á los más crueles tormentos, en vano el verdugo le arrancará sus propias opiniones ó las del que le emplea como instrumento; él continuará pensando lo que piensa, y en todo caso repetirá interiormente, *eppur si muove*. La libertad de pensar, pues, se toma en política, no en el sentido de la que deban tener los fenómenos psicológicos para desarrollarse con toda independencia, pues ésta siempre se dará á pesar y á despecho de cualquier género de coacción esterior, sino en el sentido de la que debe tener todo hombre para manifestar por todo género de signos eternos sus opiniones.

La verdad es el objeto del pensamiento humano: su descubrimiento es uno de los deberes impuestos por Dios á la humanidad; y todos deben dedicarse á cumplirlo, según se lo permitan sus circunstancias particulares. La sociabilidad es otra ley de la humanidad, y todos deben dedicarse á cumplirlo, según se lo permitan las circunstancias particulares. La sociabilidad es otra ley de la humanidad, que obliga á todos á contribuir con sus esfuerzos á la consecución de los fines, que por la ley divina están todos en el deber de procurar, auxiliándose mútuamente en tan importante tarea. Es también ley de la especie humana la perfección propia del individuo. De todas estas leyes se deduce que el hombre se debe á sí mismo y á sus semejantes la comunicación de sus ideas en cuanto pueden contribuir al bien general y al descubrimiento de la verdad. El que concibe un pensamiento importante debe pues trasmitírselo á los demás, ora para aumentar con él, el caudal de los conocimientos humanos, ora para someterlo á la prueba de la discusión y avigorar sus convicciones ó reconocer sus errores. El pensamiento aislado y solitario, ó es enteramente inútil á la sociedad, ó corre el peligro de perpetuar el error en quien lo ha concebido, cosas ambas contrarias al destino que Dios ha trazado á la humanidad. Así, pues, los que ponen obstáculos á este importante comercio de las ideas, obran de una manera directa contra las leyes de Dios. Es la conclusión de todo esto que en toda sociedad bien organizada los individuos deben tener libertad de publicar sus pensamientos, sin otra traba que la obligación de respetar los derechos ajenos.

El lenguaje, como todas las acciones humanas, está sujeto al abuso, y este abuso debe reprimirse. Manifestar una opinión que ataque el honor y la reputación de otra persona, es cometer una verdadera agresión y el que la padece tiene el derecho de exigir que la sociedad le otorgue la conveniente reparación. Es tambien digna de represión toda excitación á turbar, por medio de la fuerza, el orden público, á la infracción violenta de la ley, á la comisión de cualquier delito, porque en todo esto se ataca el derecho que tienen los asociados á gozar de reposo, del exacto cumplimiento de las leyes, del respeto de todas sus garantías. El que pide libertad para cometer tales actos, pide el poder de faltar á la libertad, que consiste cabalmente en el respeto de los derechos de todos.

Y si es lícito impedir que los hombres publiquen sus opiniones ¿cuanto más no lo será obligarlos á hacer publicaciones contrarias á sus sentimientos é ideas? Con tales medi las se corrompe y degrada la sociedad, creándose un comercio forzado de mentiras. En la nobleza y la energía de los caracteres entra por mucho la franqueza y firmeza de las opiniones. Desde que el hombre está abligado á faltar á su conciencia, á contrariar sus más intimas convicciones, á llevar constantemente una careta, su carácter queda quebrantado, la cobardía se apodera de su alma y en manera alguna puede llamársele ciudadano, sino un humilde súbdito,

Continuará